

nerudiana

Fundación Pablo Neruda

Santiago Chile nº 11

agosto - octubre 2011

Director **Hernán Loyola**



escriben

Fernando Barraza
Gunther Castanedo Pfeiffer
Teresa Cirillo Sirri
Cedomil Goic
Pedro Pablo Guerrero
Óscar Hahn

Hernán Loyola
Joaquín Marco
Pablo Neruda
Edmundo Olivares
Eduardo Peralta
Nevalis Quintana

Olga Ries
Enrique Robertson
Ana María Román
Abraham Santibáñez
Mario Valdovinos
Margarita Vidal

Sumario

Bingham y Neruda reveladores de Machu Picchu HERNÁN LOYOLA	4
La forma elegíaca en "Alturas de Macchu Picchu" CEDOMIL GOIC	7
Martín Chambi ENRIQUE ROBERTSON	11
La vuelta de Sarmiento PABLO NERUDA / PEDRO LASTRA / RICARDO LATCHAM	12
Pablo y Ramón: dos pastores de parábolas secretas TERESA CIRILLO SIRRI	13
Chile Guevara y geografías colindantes ENRIQUE ROBERTSON	15
Chile Guevara PABLO NERUDA	17
Evtushenko y Neruda OLGA RIES	17
TESTIMONIOS	
Óscar Hahn: dos textos sobre Neruda ÓSCAR HAHN	19
Neruda, Miles y yo MARIO VALDOVINOS	22
El desborde del río Cautín en 1939 ANA MARÍA ROMÁN	24
Isla Negra 1987: un lugar de culto ABRAHAM SANTIBÁÑEZ	25
Neruda, el fascismo y la invencible poesía FERNANDO BARRAZA	27
El Cartero de Neruda NEVALIS QUINTANA	29
CRÓNICAS	
Hace 90 años Neruda llegó a Santiago EDMUNDO OLIVARES	30
Centenario del nacimiento de Faiz Ahmad Faiz Madrid, mayo 2011: Neruda vive / (Laura Hatry) Celebración del Día E: «Querétaro»...	31
Skármeta y Neruda MARGARITA VIDAL	32
Epistolario Pablo Neruda-Claudio Véliz PEDRO PABLO GUERRERO	33
Sorpresas de un investigador GUNTHER CASTANEDO PFEIFFER	34
ADIOSES	
Ignazio Delogu HERNÁN LOYOLA	36
RESEÑA	
Pablo Neruda, Cartas de amor a Matilde Urrutia JOAQUÍN MARCO	38
Nuevas décimas para Pablo Neruda EDUARDO PERALTA	40

Los juicios y opiniones vertidos en los artículos y demás materiales aquí publicados, son responsabilidad de sus respectivos autores.

Portada: Ilustración de José Venturelli para el libro *Alturas de Macchu Picchu*, 1948

nerudiana

n° 11 agosto - octubre 2011

director y editor
Hernán Loyola

secretaria de edición
Adriana Valenzuela
bibliotecaneruda@fundacionneruda.org

diseño y diagramación
Juan Alberto Campos

FUNDACIÓN PABLO NERUDA
Fernando Márquez de la Plata 0192
Providencia, Santiago Chile

nerudiana 11



Ilustración del libro *Mexicá Grafika*, Norbert Fryd, Praga, 1955. De la biblioteca del poeta.

Ilustraciones interior: Libro *Horká Puda*, Jan Drda, Praga, 1955. De la biblioteca del poeta.

E

STE NÚMERO

Hace cien años (1911) el arqueólogo estadounidense Hiram Bingham, profesor en Yale, reveló al mundo las ruinas de Machu Picchu. 35 años más tarde (1946) Pablo Neruda les daría una fama diversa con su poema *Alturas de Macchu Picchu* (desde 1950, capítulo II de *Canto general*). Al conectar a los dos personajes con sus respectivas hazañas hemos preferido hablar de revelación –epifanía– de las ruinas en dos diversas dimensiones, desechando la inútil discusión acerca de si Bingham fue el descubridor o el redescubridor de las ruinas, así como los infaltables cuanto míseros ataques a la originalidad del poema de Neruda, y optando por la celebración común. Pero acentuando la del poema –como corresponde a nerudiana– con un breve estudio del profesor Cedomil Goic sobre algunos de sus aspectos retóricos y estilísticos.

Al toque de atención de Pedro Lastra (no olvidar a Sarmiento) respondemos con un pequeño homenaje al bicentenario del nacimiento (1811) del maestro argentino. Para ello sacamos también del olvido un poema que Neruda escribió en 1945, al ápice de su fase militante, invocando a Sarmiento contra la implantación de un régimen autoritario de perfil fascista en Argentina. La hispanista napolitana Teresa Cirillo Sirri enfoca la poco estudiada relación de amistad y poesía entre Neruda y el torrencial RAMÓN (Gómez de la Serna).

Sigue una sección dedicada a personajes que interesaron a Neruda (el sorprendente Álvaro “Chile” Guevara investigado por Enrique Robertson) o que fueron sus amigos o compañeros de oficio (el poeta Evgueni Evtushenko diseñado con palabras y con caricatura por Olga Ries, y el poeta paquistaní Faiz Ahmad Faiz, cuyo centenario se celebra también en el corriente 2011). Una buena parte de este número la ocupan en cambio los testimonios personales de algunas experiencias nerudianas: la de Óscar Hahn en Arica 1969, la de Mario Valdovinos entre poesía y jazz, la del profesor Raúl Buholzer durante el desborde del río Cautín en 1939. La experiencia colectiva de Isla Negra durante la dictadura (como lugar de culto,

de resistencia y de esperanza) nos la evocan los periodistas Abraham Santibáñez y Fernando Barraza, y el poeta Nevalis Quintana, mientras Edmundo Olivares reconstruye en breve la experiencia biográfica de Neruda 90 años atrás, la del provinciano llegando en 1921 al Santiago de la universidad, de Gandulfo y *Claridad*, de las pensiones escuálidas en calle Maruri y en torno a la plaza Manuel Rodríguez –escondrijos para el amor apasionado con Albertina y otras muchachas–, y de la pobre bohemia con Rubén Azócar, Tomás Lago y demás nuevos amigos.

Registramos el fallecimiento en Bari de Ignazio Delogu, hispanista italiano (y sardo sobre todo) que dejó importantes contribuciones al estudio de las relaciones de Neruda con Italia, en particular las vinculadas al período más dichoso de su exilio en Europa: sobra decirlo, el de su precoz ‘luna de miel’ con Matilde en las islas de Capri e Ischia (1952).

En el nivel de las publicaciones, las cartas de Pablo a Matilde –reunidas y editadas por Darío Osés– merecen atención particular (reseña de Joaquín Marco), pero también la correspondencia cruzada entre Neruda y Claudio Véliz en edición del tenaz Abraham Quezada, especializado en epistolarios nerudianos (texto y entrevista por Pedro Pablo Guerrero). Por su lado otro tenaz investigador, el español Gunther Castanedo, ha publicado el primer volumen de su singular y ciclópea enciclopedia de las personas incluidas en el universo de Neruda, titulada por ello *Personario*. Reseñamos este tomo inicial que incluye sólo los nombres que comienzan por la letra «A» (Aguirre, Allende, Azócar...), lo cual es índice elocuente de la magna ambición de Castanedo.

Este número se cierra con unas ingeniosas décimas de Eduardo Peralta en homenaje a Neruda. El próximo, previsto para diciembre, girará en torno a dos importantes aniversarios nerudianos: los 40 años del Premio Nobel de Literatura (1971) y los 50 años que cumple La Sebastiana (1961), hoy dinámico centro de actividades culturales en Valparaíso. ♦



Al cierre de esta edición nos llega la triste noticia de la muerte de JOSÉ MIGUEL VARAS, Premio Nacional de Literatura y nerudista insigne, autor de memorables libros de crónicas y artículos sobre nuestro poeta. José Miguel fue también un activo y eficaz miembro del Comité Asesor de la Fundación Neruda. Por ello, y por cariño imperecedero, dedicaremos a recordarlo un importante dossier en el próximo número de *nerudiana*.

*Bingham y Neruda reveladores de Machu Picchu**

HERNÁN LOYOLA

La ciudadela de Machu Picchu es «el conjunto urbano que por sí solo reúne y sintetiza los valores de la arquitectura incaica y, gracias a los siglos de abandono que la salvaron de fanatismos destructivos [de los conquistadores], el ejemplo más completo en su integridad. Es opinión generalizada que los españoles desconocieron la existencia de esta ciudad, y... Macchu-Picchu cayó en el olvido hasta 1911, cuando la expedición de Hiram Bingham la *redescubrió*, para popularizarla como uno de los monumentos más significativos de las culturas prehispánicas. [...] Es una ciudad muy distinta de las demás porque la necesidad y la fantasía se mezclaron para lograr una belleza indefinible. Su razón de ser es reflejo de una sociedad organizada, al mismo tiempo humanizada por el trabajo y los sentimientos, e idealizada por unas definidas creencias cósmicas. Macchu-Picchu es resultado de voluntad y de fe –de poesía– y como tal resulta difícil describirla o explicarla racionalmente. Se puede cantar. Para ello, ahí está Neruda.» (Gasparini 1972).

Hiram Bingham ¿*descubridor* de Machu Picchu, como escriben su hijo y biógrafo Alfred y otros, o *redescubridor* como escriben el arquitecto Gasparini, recién citado, y otros? Nadie discute que el norteamericano Hiram Bingham (Honolulu, 19.11.1875–Washington, 06.06.1956), entonces profesor de historia en Yale, llegó a las ruinas de Machu Picchu el 24 de julio de 1911, guiado por un niño.

Pero tampoco hay dudas de que Bingham, al llegar, encontró a dos familias (de apellidos Recharte y Álvarez) viviendo en lo que quedaba de las antiguas construcciones. El niño que lo guió hasta el *collado* que une el Machu Picchu con el Huayna Picchu, las dos alturas dominantes, era hijo



Hiram Bingham en Machu Picchu, 1912.

de Melquíades Recharte. Allí, oculto por la vegetación, esperaba a Bingham uno de los grandes hallazgos arqueológicos de la historia: una ciudadela olvidada, llena de templos, canales, baños, terrazas agrarias y otros elementos que ocupaban un total de 13 kilómetros cuadrados y que el estadounidense identificó inicialmente como Tampu Tocco, la mitológica cueva de tres ventanas de la que surgieron los antepasados de los incas.

Hay más. Se ha establecido, documentadamente, que el hacendado cuzqueño Agustín Lizárraga llegó hasta la ciudadela en un viaje que realizó (con tres amigos) a la zona selvática del departamento sureño del Cuzco el 14 de julio de 1902, nueve años antes que Bingham. La historiadora peruana Mariana Mould de Pease sostiene que Bingham reconoció la primacía de

Lizárraga en la empresa de llegar a las ruinas. El testimonio se encuentra en la biografía escrita por su hijo Alfred, quien descubrió en la libreta de su padre la siguiente nota: «Agustín Lizárraga es el descubridor de Machu Picchu y vive en el pueblo de San Miguel», y otra nota relativa a una inscripción a carbón en una de las paredes del templo de las Tres Ventanas de la ciudadela, que decía «Lizárraga – 14 de julio de 1902».

Mould añade que, años después de su primer viaje, Lizárraga intentó retornar a Machu Picchu por el mismo trayecto de la expedición de 1902: «Esta vez lo hizo durante la temporada de lluvias y cuando pretendió cruzar el río Urubamba para trepar hasta las alturas de Machu Picchu, las turbulentas aguas lo arrastraron y nunca se pudo encontrar su cuerpo». El propio hijo de Bingham remarca que su padre fue *modificando* su historia del ‘descubrimiento’ hasta eliminar totalmente la mención a Lizárraga en su libro *The Lost City of the Incas* (New York, 1948; hay traducción: *La ciudad perdida de los Incas*, Santiago, Zig-Zag, 1948).

Sin embargo, el debate *descubrimiento / redescubrimiento* de Machu Picchu carece de importancia real. (Aparte Lizárraga y otros presuntos predecesores de Bingham –como el misionero británico Thomas Payne–, recientemente se afirma incluso, en medios autorizados, que el ingeniero y comerciante alemán Augusto Berns habría llegado hasta Machu Picchu alrededor de 1860.)

Neruda usa el verbo adecuado: **encontrar**. Aunque no fue el ‘descubridor’ en sentido estricto, sino sólo el más informado y hábil de los ‘encontradores’, Hiram Bingham tiene el mérito indiscutible de ha-

ber *revelado* al mundo entero la existencia de Machu Picchu (afortunadamente ignorada por los conquistadores españoles). En 1912 organizó en efecto una segunda y más grande expedición con el apoyo financiero de la Universidad de Yale, de la National Geographic Society (Washington) y de su propia esposa, Alfreda Mitchell, dueña de la joyería Tiffany de Nueva York. Con tan ingentes recursos, pudo reclutar un equipo de geólogos, arqueólogos, ingenieros y topógrafos y contratar *in loco* un ejército de trabajadores para quitar la maleza y restablecer, hasta donde posible, la antigua estructura de las ruinas derribadas por el tiempo. De lo cual derivó un hecho decisivo: en 1913 *The National Geographic Magazine*, revista dirigida entonces por A. Graham Bell, celebró su 25° aniversario con una edición especial dedicada al hallazgo de Machu Picchu, determinando que las primeras fotos de la ciudadela dieran la vuelta al mundo. El interés así generado hizo posible a Bingham reunir recursos para una tercera expedición en 1915.

Pero ese mismo interés generó también avidez en clave imperialista y Bingham trasladó a Estados Unidos alrededor de 46.000 reliquias –entre vasijas, huesos y piezas de cerámica y metal– con el pretexto de examinarlas en mejores condiciones de tecnología científica, y comprometiéndose ante el presidente Leguía a restituirlas dentro de 18 meses. Cuando el plazo se cumplió, las piezas no volvieron y durante casi un siglo permanecieron en los estantes de Yale. Tras una larguísima batalla legal sostenida por sucesivas administraciones del Perú, según mis noticias sólo en 2010 empezaron a volver a su país de origen las piezas que fraudulentamente se llevó Bingham. Se espera que el retorno venga completado a finales de 2012 para que la colección pueda ser exhibida de modo permanente en un museo de Cuzco.

A Bingham le creció una personal avidez de fama científica que lo llevó a fantasear una teoría de Machu Picchu como «la ciudad perdida de los Incas», o sea como la cuna de esa civilización. Fallido tal intento, y deteriorada su fama de ‘descubridor’ por la de ‘super-ladrón’ de tesoros arqueológicos, Bingham se



consoló con una carrera militar, política y económica de cierto relieve. En 1917 se convirtió en aviador al servicio de la sección aeronáutica de la Armada de los Estados Unidos, en donde alcanzó el rango de coronel durante la Primera Guerra Mundial. En ese período comandó una escuela de aviación en Francia. En noviembre de 1924 fue elegido gobernador de Connecticut. El 16 de diciembre fue elegido senador republicano para llenar la vacante dejada por el suicidio de F. B. Brandegee. Debido a esto, Bingham duró sólo un día como gobernador de Connecticut –todo un record–, pero estuvo en el Senado hasta 1933. No ganó la reelección. Falleció en 1956 y fue sepultado con honores militares en el cementerio de Arlington.

Pablo Neruda visita Machu Picchu en octubre de 1943, durante su viaje de regreso a Chile desde México (con escalas y permanencias en Panamá, Ecuador y Colombia). En septiembre de 1945 comienza a escribir en Isla Negra su poema *Alturas de Macchu Picchu*, que completará al inicio de 1946 y que por primera vez será publicado en dos números, 57 y 58, de la *Revista Nacional de Cultura* (Caracas, julio y agosto de 1946). Ese mismo año, una versión integral del texto (no dividido) aparece en el primer número de la revista *Expresión* (Buenos Aires, diciembre 1946) dirigida por Héctor Agosti. Desde 1950

forma parte de *Canto general* (capítulo II), pero al mismo tiempo ha mantenido hasta hoy una dimensión de independencia (como *España en el corazón* respecto a la *Tercera residencia*) a través de numerosas ediciones autónomas.

El significado del poema *Alturas de Macchu Picchu* va mucho más allá de la perspectiva indigenista vigente en la literatura hispanoamericana del período, si bien la incluye. No es el resultado de un programa. La visión de las ruinas se inserta –al más alto nivel de sentido– en una fase crucial del desarrollo de la vida-poesía de Neruda. Ha dejado atrás la carrera consular, hastiado de la estupidez y del conservadurismo dominante en la burocracia diplomática chilena, muy poco a tono con un gobierno de Frente Popular. Al regresar a Chile a finales de 1943 se suma de inmediato a las actividades del Partido Comunista. Dedicó tiempo y dinero a la ampliación de su casa en Isla Negra y a su instalación, con Delia del Carril, en la casa de avenida Lynch 164 del barrio santiaguino Los Guindos. Lo ayudan en esas empresas el Premio Municipal de Literatura 1945 y el flamante contrato con la Editorial Losada de Buenos Aires (que debuta en 1944 con *Veinte poemas* y con *Residencia en la tierra*).

El poeta Neruda y el dirigente obrero Elías Laferte van juntos a la batalla electoral por Tarapacá y Antofagasta. Ambos

resultan elegidos en marzo de 1945. El 25 de mayo, pocos días antes de su primer discurso en el Parlamento, el poeta-senador ha obtenido el Premio Nacional de Literatura. Durante los meses siguientes vemos a Neruda empeñado en refundar su identidad de ciudadano y de poeta. Inicia los trámites para transformar su pseudónimo en nombre legal y el 8 de julio, durante un acto de masas en el enorme teatro-circo Caupolicán, recibe por primera vez su carné de comunista. En septiembre pide y obtiene de su partido un par de meses de reposo en Isla Negra, aunque en verdad su intención es la de escribir durante ese tiempo un texto que resuma y simbolice poéticamente el proceso de personal evolución que viene viviendo desde antes de la guerra civil española.

Las ruinas contempladas en Perú dos años antes habían suscitado la idea germinal para ese texto. Los acontecimientos sucesivos, variados pero convergentes, han reforzado la intención de un poema totalizador. Neruda propone con Machu Picchu la imagen-símbolo que reúne, organiza y potencia en un solo haz los varios niveles de la representación del mundo y del hombre que siente haber alcanzado y asumido: lo personal, lo americano y lo universal. La Naturaleza y la Historia. En este plano, dar cumplimiento a su deuda con Whitman: «tú / me enseñaste / a ser americano», dirá en su oda al bardo de Camden.

Y, atravesando estas exigencias en todos sus niveles, asumir la lección suprema de Quevedo relativa al problema de los problemas: el Hombre frente a su Muerte. Neruda en 1942 había escrito: «... para Quevedo la metafísica es inmensamente física, lo más material de su enseñanza. Hay una sola enfermedad que mata, y ésa es la vida. Hay un solo paso, y es el camino hacia la muerte... Si al nacer empezamos a morir..., no somos parte perpetua de la muerte, no somos lo más audaz, lo que ya salió de la muerte?» Y más adelante: «Quevedo me dio a mí una enseñanza clara y biológica. **No es el transcurrir en vano**, no es el Eclesiastés ni el Kempis, adornos de la necrología, sino la llave adelantada de las vidas. Si ya hemos muerto, si venimos de la profunda crisis, perderemos el temor a la

muerte. Si el paso más grande de la muerte es el nacer, el paso menor de la vida es el morir.» La dialéctica Vida-Muerte es la clave del poema de Neruda.

Pero todas estas afluencias no habrían desembocado en un grandioso texto si no hubieran podido ser conectadas y unificadas por Neruda mismo, por su propia experiencia. Vale decir, por la más antigua e importante lección que había recibido de los maestros mayores de su infancia: el Bosque y el Océano de la Frontera, en el sur de Chile. La lección era: en la Naturaleza la Muerte no existe, forma parte de la Vida. La inquietud temprana que sembró esa lección: ¿por qué no sucede lo mismo en el espacio del Hombre, en la Historia? ¿Por qué el Hombre enfrenta con angustia y desolación su propia Muerte?

Fue la convergencia activa y práctica de todos estos estímulos e interrogantes lo que suscitó e hizo posible la escritura de *Alturas de Macchu Picchu*. Por eso el poema no es sólo un gran texto indigenista (y americanista) sino una auténtica obra maestra de la literatura universal del siglo XX.

Bingham y Neruda compartieron la experiencia del *encuentro* con las ruinas incas. El mundo debe a ambos la **revelación** de esas ruinas en dos planos diversos. Bingham reveló su existencia, las sacó del olvido y atrajo hacia ellas actividad científica de alto nivel y la curiosidad de todo el mundo. Neruda reveló la capacidad de unas ruinas americanas de fundar una cosmovisión, las elevó al nivel de significación universal que poseen las ruinas milenarias del Cercano Oriente y de la antigüedad grecorromana.

En el plano personal, a Bingham su *revelación* física y arqueológica de Machu Picchu no parece haberle servido sino como base para una trayectoria –en cierto modo degradada– de actividades e intereses completamente ajenos. Se diría que las ruinas no supo o no pudo *revelarlas* a sí mismo. Un irónico índice posmoderno parece ser la prueba de ello: actualmente Bingham ha reconquistado notoriedad como posible antecedente y modelo (in-

cluso por la prestancia física) del audaz explorador de la saga cinematográfica **Indiana Jones** (ver Heaney, 2010).

Para Neruda en cambio (es casi ocioso señalarlo) las ruinas de Machu Picchu refundaron una trayectoria personal multifacética, pero de alta coherencia y dignidad hasta su muerte. E incluso más allá, hasta hoy. El Premio Nobel de 1971 (cumple 40 años en el presente 2011) marcó sólo el tardío reconocimiento de un chileno excepcional –porque universal.

* No se sabe con total certeza si Machu Picchu fue un palacio de placer, o un santuario para las vírgenes del Sol, o una ciudadela militar, o un observatorio astronómico, o todo eso a la vez. Ni cómo o por qué desaparecieron sus habitantes (esta particular incerteza fue un dato fundamental sobre el cual trabajó Neruda la composición de su poema). Tampoco parece claro cómo se escribe el nombre de las ruinas, aunque oficialmente en Perú es *Machu Picchu* (por lo cual, así en mi texto). Neruda tituló su poema escribiendo *Macchu Picchu* y nunca modificó esa grafía, por lo cual la conservo al referirme al poema (o cuando cito textualmente a un autor que también la usa, como Gasparini).

REFERENCIAS

- Graziano Gasparini, *Macchu-Picchu / historia y arqueología*, cuadernillo anexo a Pablo Neruda, *Alturas de Macchu Picchu*, con fotografías de Graziano Gasparini. Buenos Aires, Losada, 1972.
- Christopher Heaney, *Cradle of Gold / The Story of Hiram Bingham, a Real-Life Indiana Jones, and the Search for Machu Picchu*. Palgrave Macmillan, 2010.
- Pablo Neruda, “Viaje al corazón de Quevedo” (1942), en *OC*, IV, 451-469.
- Pablo Neruda, “Alturas de Macchu Picchu”, *Canto general* (1950), II, en *OC*, I, 434-447.
- Pablo Neruda, “Oda a Walt Whitman” de *Nuevas odas elementales* (1956), en *OC*, II, 428-433.



La forma elegíaca en “Alturas de Macchu Picchu”

CEDOMIL GOIC

Academia Chilena de la Lengua



Alturas de Macchu Picchu* es una de las más notables expresiones de la poesía contemporánea. Neruda había visitado las ruinas de la ciudad andina en 1943, pero no sería hasta 1945 que escribiría un poema inspirado en ellas. Luego de su publicación en revistas literarias (1946) apareció en forma de libro en 1947. Desde entonces ha tenido una vida independiente como poema, a pesar de que desde la edición de *Canto general* (1950), aparece como el canto II de los quince de ese libro.

La unidad formal del poema nerudiano proviene del hecho de que es una *elegía*. Es decir, del hecho de que el espíritu del hablante desarrolla una lamentación ante las ruinas de una ciudad desierta y de una comunidad destruida.

La elegía es una forma caracterizada en sus partes por una larga tradición. Los ritos civiles de la oración fúnebre le prestan su origen social. El poema de Neruda corresponde a un tipo definido de elegía. No es la *elegía funeral* por la muerte de un individuo, sino la *elegía heroica* que llora la destrucción de un pueblo.

Las partes de una elegía comprenden: a) consideraciones generales sobre la muerte; b) lamentación elegíaca; c) panegírico; y d) consolación. En el poema de Neruda estas partes se distinguen con toda claridad y contribuyen a definir el género del poema sin lugar a dudas.

A las partes señaladas se agrega en *Alturas de Macchu Picchu* un rasgo americano que da al poema un aspecto ya conocido antes. En el poema se ordena la imagen del extravío del hablante y de la serie de experiencias iniciáticas que le llevan a la superación del extravío por la revelación



y el arraigo en la tierra y el pasado precolumbino. En los cantos iniciales el hablante aparece como un peregrino que habla de su pasado de ceguera y de inconsciente existir. Esa existencia se representa aérea y vacía, sin arraigo terrestre. La temporalidad de esa existencia ciega es pura disolución, desgaste y daño. Este momento es señalado con el saber seguro de quien ha superado en el momento de la enunciación las limitaciones de antaño:

*Del aire al aire, como una red vacía
iba yo entre las calles y la atmósfera, llegando
y despidiendo
en el advenimiento del otoño la moneda
extendida
de las hojas, y entre la primavera y las espigas,
lo que el más grande amor, como dentro de
un guante
que cae, nos entrega como una larga luna.*

Una primera revelación se presenta en la forma de un encuentro con la poesía: ella parece ser el instrumento que abre la

conciencia del hablante hacia una nueva experiencia de la naturaleza y del hombre, adoptando la forma de un descenso a la profundidad de lo terrestre para salir renovado por una nueva espiritualidad. La visión lograda tiene la forma de un emblema: *la torre y el abismo*, una construcción cuya realidad contiene dos momentos contradictorios. El primero es una experiencia poética:

*Alguien que me esperó entre los violines
encontró un mundo como una torre enterrada
hundiendo su espiral más abajo de todas
las hojas de color de ronco azufre:
más abajo, en el oro de la geología,
como una espada envuelta en meteoros,
hundí la mano turbulenta y dulce
en lo más genital de lo terrestre.*

*Puse la frente entre las olas profundas,
descendí como gota entre la paz sulfúrica,
y, como un ciego, regresé al jazmín
de la gastada primavera humana.*

Esta imagen prefigura las otras dos experiencias reveladoras cuyos diversos planos conducirán a la significativa ascensión a la ciudad incaica: formas de iniciación ritual, transformadoras del ser del hablante. La primera es entonces experiencia poética, conocimiento poético, muerte figurada. La segunda, será experiencia metafísica de la muerte:

*La poderosa muerte me invitó muchas veces:
era como sal invisible en las olas
y lo que su invisible sabor diseminaba
era como mitades de hundimientos y altura
o vastas construcciones de viento y ventisquero.
[...]
pero, ancho mar, oh muerte! de ola en ola no
vienes,*



Neruda en Sacsayhuamán, octubre de 1943. Archivo Fundación Pablo Neruda.

*sino como un galope de claridad nocturna
o como los totales números de la noche.*

Se trata de una visión metafísica –total ambigüedad de vida y muerte– representada como *coincidencia de los opuestos*, la que designa su carácter extraño y a la vez su verdadera entidad. También esta visión metafísica se presenta como muerte ritual que devuelve al poeta renovado en sus capacidades de conocimiento.

El tercer momento es existencial y concreto: la personal experiencia de la muerte lo desengaña de los temores y le revela la esencia vacía de la muerte personal.

*[...] entonces fui por calle y calle y río y río
y ciudad y ciudad y cama y cama,
y atravesó el desierto mi máscara salobre
y en las últimas casas humilladas, sin lámpara,
sin fuego,
sin pan, sin piedra, sin silencio, solo,
rodé muriendo de mi propia muerte.*

De esta profunda caída reveladora, de este descenso a los infiernos, subirá a renacer en las alturas de la ciudad. El mismo poeta ha razonado antes esta experiencia: «Si ya hemos muerto, si venimos

de la profunda crisis, perderemos el terror de la muerte. Si el paso más grande de la muerte es el nacer, el paso menor de la vida es morir» (“Viaje al corazón de Quevedo”).

Las consideraciones sobre la muerte organizan una serie de oposiciones significativas:

(1) entre la *pequeña muerte* y la *muerte propia*, que pertenecen a un mismo género caracterizado por su falta de arraigo, su esterilidad, su puro miedo y angustia cobarde. Diferencia específica: la individualidad de la última, frente a lo social de la primera: «una pequeña muerte / de alas gruesas / entraba en cada hombre como una corta lanza / ... / todos desfallecieron esperando su muerte, su corta muerte diaria / y su quebranto aciago de cada día era / como una copa negra que bebían temblando». Pero

*No eras tú, muerte grave, ave de plumas
férreas,
la que el pobre heredero de las habitaciones
llevaba entre alimentos apresurados, bajo la
piel vacía:
era algo, un pobre pétalo de cuerda exterminada:
un átomo del pecho que no vino al combate
o el áspero rocío que no cayó en la frente.*

(2) entre *poderosa muerte* y *verdadera muerte*: la primera como dimensión metafísica, omniabarcante, que penetra todo lo que existe, objeto de meditación finalmente rechazado; la segunda, como arraigo histórico y social en la colectividad enterrada en Machu Picchu. El género común de ambas lo dan la fecundidad, totalidad y grandeza. La diferencia específica la proporciona la elección del poeta inclinado por la contemplación del monumento desolador y la percepción de lo humano:

*Muertos de un solo abismo, sombras de una
hondonada,
la profunda, es así como al tamaño
de vuestra magnitud
vino la verdadera, la más abrasadora
muerte y desde las rocas taladradas,
desde los capiteles escarlata,
desde los acueductos escalares
os desplomásteis como en un otoño
en una sola muerte.*

(3) una tercera oposición se establece entre los dos grupos anteriores: uno como estériles, falsos, pequeños, decepcionantes; y, el otro, como fecundas, verdaderas, grandes y fascinantes.

Las meditaciones sobre la muerte que el ascenso a Machu Picchu ha suscitado en los primeros cinco cantos, son retomadas en el canto séptimo cuando ya ha comenzado la *lamentación elegíaca*. La contemplación de las ruinas despierta consideraciones confundidas: la constatación de la destrucción de la vida, la emoción estética ante la portentosa obra humana y el sentimiento de nacer a una nueva condición. La permanencia de la obra arquitectónica engendra la confusa visión de las formas como vida que se levanta de la muerte:

*Pero una permanencia de piedra y de palabra:
la ciudad como un vaso se levantó en las manos
de todos [...]*

*Cuando la mano de color de arcilla
se convirtió en arcilla, y cuando los pequeños
párpados se cerraron
llenos de ásperos muros, poblados de castillos,
y cuando todo el hombre se enredó en su agujero,
quedó la exactitud enarbolada:
el alto sitio de la aurora humana:
la más alta vasija que contuvo el silencio:
una vida de piedra después de tantas vidas.*

La conmoción reveladora que funde lo orgánico con lo inorgánico en una visión de lo real contradictorio, es rechazada para dar lugar a los comienzos de la *consolación*: «Déjame olvidar hoy esta dicha, que es más ancha que el mar, / porque el hombre es más ancho que el mar y que sus islas, / y hay que caer en él como en un pozo para salir del fondo / con un ramo de agua secreta y de verdades sumergidas».

La lamentación elegíaca está caracterizada por una serie de tópicos tradicionales: ayer y hoy, fugacidad, olvido, *ubi sunt* (¿dónde están?), llorar a mares. Estos tópicos permiten una filiación directa con modelos de la elegía heroica como la “Canción a las ruinas de Itálica” de Rodrigo Caro. Véase por ejemplo esta secuencia marcada por la *deíxis*:

*Ésta fue la morada, éste es el sitio:
aquí los anchos granos del maíz ascendieron
y bajaron de nuevo como granizo rojo.*

Aquí la hebra dorada salió de la vicuña...

Aquí los pies del hombre descansaron de noche...

En contraposición a la concepción tradicional de la *Némesis*, o sea ‘la venganza de los dioses’ que castiga el pecado de orgullo o soberbia o ilustra la aniquiladora marcha del tiempo contra la cual no puede prevalecer la gloria terrena, la *Némesis* nerudiana es una extraña, tierna, mortalmente amorosa, que priva de todo carácter terrible la visión tradicional. Una acción sostenida, amorosamente nupcial, lustra con ‘suaves huracanes’ la piedra de las ruinas:

*Y el aire entró con dedos
de azahar sobre todos los dormidos:
mil años de aire, meses, semanas de aire,
de viento azul, de cordillera férrea,
que fueron como suaves huracanes de pasos*

lustrando el solitario recinto de la piedra.

El *ubi sunt*, el más caracterizado de los tópicos elegíacos, toma en Neruda una forma original: «Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo? / Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo? / Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?» La pregunta no se dirige, sin más, a averiguar por la fugacidad del tiempo o la acción del olvido, sino a inquirir por la condición del hombre, por saber si entonces como ahora, el hombre sobrellevó una degradada existencia, si vivió sujeto a la deformación que hace hoy día al hombre menos humano; si hambre, miseria, dolor, expolio, se hallaron unidos a la obra portentosa. Ante la extrañeza soberbia del monumento quisiera creer que esta fundación humana no llevara como

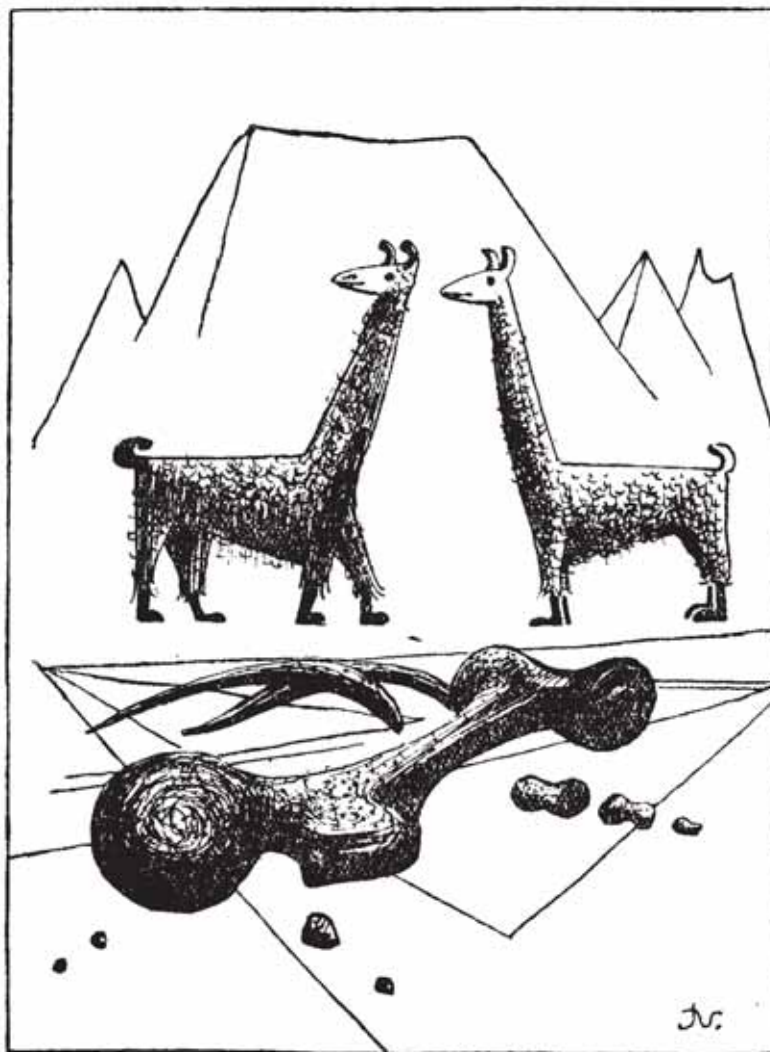


Ilustración de José Venturelli realizada para el libro *Alturas de Macchu Picchu*, Santiago, Ediciones Librería Neira, 1948.



Neruda y otros en Machu Picchu, octubre de 1943. Archivo Fundación Pablo Neruda.

toda obra de imperio el signo de la miseria humana. Pero se deja dominar por su inevitabilidad o por la sospecha de que su pura elevación no se funda en altura solamente, sino en la profundidad y lo oscuro, donde piedra, oro y carbón, se unen con harapo, lágrima y sangre.

Otro tópico característico de la elegía es el *catálogo de héroes*. Estos son en el poema la comunidad de siervos, obreros o artesanos, y no las figuras *altas* de Incas o de Amautas:

*veo el antiguo ser, servidor, el dormido
en los campos, veo un cuerpo, mil cuerpos, un
hombre, mil mujeres,
bajo la racha negra, negros de lluvia y noche,
con la piedra pesada de la estatua:
Juan Cortapiedras, hijo de Wiracocha,
Juan Comefrío, hijo de estrella verde,
Juan Piesdescalzos, nieto de la turquesa
[...]
Mírame desde el fondo de la tierra,
labrador, tejedor, pastor callado:
domador de guanacos tutelares:
albañil del andamio desafiado:
aguador de las lágrimas andinas:
joyero de los dedos machacados:
agricultor temblando en la semilla:
alfarero en tu greda derramado:*

Hasta aquí los tópicos más conocidos de la lamentación elegíaca. Como en el caso de la primera parte, estos se reparten en la zona central del poema, pero es posible reconocerlos hasta el canto final envueltos en el ámbito de la consolación.

Antes de entrar en la parte final debemos detenernos por un momento en el sorprendente panegírico del canto IX, una extensa letanía. Como las letanías sagradas que entonan la exaltada alabanza de un ser divino, Neruda envuelve en la euforia admirativa las formas de la ciudad, como intentando abarcar en una cifra y dando a la vez prueba de la inabarcabilidad de sus infinitas formas con imágenes que asedian su riqueza y su magnitud. Lo nimio y lo cósmico, lo orgánico y lo inorgánico, lo espiritual y lo material, el tiempo y el espacio, se conjugan en contradictorias coyundas, formando imágenes sorprendentes. Cuarenta y tres líneas de imágenes generalmente dobles ordenan esta prolongada letanía que comienza así:

*Águila sideral, viña de bruma.
Bastión perdido, cimitarra ciega.
Cinturón estrellado, pan solemne.
Escala torrencial, párpado inmenso.
Túnica triangular, polen de piedra.*

El poema se cierra con la *consolación*. Esta ha comenzado a desarrollarse desde el canto VIII con una *súplica* que adquiere forma definida en los dos cantos finales, XI y XII. Dominado por las poderosas sugerencias nacidas de la contemplación del monumento andino el poeta aspira compasivamente a renovar en sí mismo la vida de los enterrados, a comunicarse con ellos en una suerte de participación mística y a prestarles en definitiva su voz:

*A través del confuso esplendor,
a través de la noche de piedra, déjame hundir
la mano
y deja que en mí palpite, como un ave mil años
prisionera,
el viejo corazón del olvidado!
[...]
Sube a nacer conmigo hermano.*

*Dame la mano desde la profunda
zona de tu dolor diseminado.
[...]
Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.
A través de la tierra juntad todos
los silenciosos labios derramados
y desde el fondo habládme toda esta larga noche
como si yo estuviera con vosotros anclado,
[...]*

Dadme el silencio, el agua, la esperanza.

Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.

Apegadme los cuerpos como imanes.

Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.

Los versos finales funden pasividad y actividad, potencia y acto, e integran cuerpo y verbo. El poeta ha restablecido los lazos con el pasado precolombino y ha hecho de ello el arraigo que presta realidad a su existencia. Ahora quiere ser voz de los humillados y ofendidos como realización de lo que reveladoramente surge de su experiencia poética y de la contemplación de las majestuosas ruinas incaicas. La continuidad que les asegura figuradamente, una suerte de resurrección vinculada a la tradicional concepción de la literatura como dadora de inmortalidad, constituye la consolación deseada. ♦

***Nota de redacción.** El nombre de la ciudadela se escribe *Machu Picchu*, pero es tradición conservar para el poema la forma *Macchu Picchu* que usó Neruda.—H.L.



Martín Chambi (1891-1973)

Martín Chambi nació en Perú el 5 de noviembre de 1891, en el seno de una humilde familia de agricultores de Coaza, un pueblo quechua del altiplano, cercano a la frontera con Bolivia.

Desde muy joven mostró gran interés por la fotografía y, en Cuzco, trabajando en el estudio del reputado fotógrafo Max T. Vargas, aprendió la técnica y el arte con asombrosa sensibilidad y maestría absoluta.

Se independizó y realizó una carrera fotográfica muy activa y con una agudísima sensibilidad humana, fotografiando de forma muy especial el patrimonio incaico. En Europa, algunas de sus fotografías de Machu Picchu fueron publicadas en la importante revista suiza *Atlantis*, en 1930.

Mario Vargas Llosa señaló recientemente que su compatriota Martín Chambi fue “uno de los más coherentes y profundos creadores que haya dado la fotografía” en el siglo XX, a nivel mundial.

En 1954, Pablo Neruda eligió fotografías de Martín Chambi para ilustrar la primera edición de *Alturas de Macchu Picchu*, poema en cuyos versos logró expresar sentimientos que yacían dormidos como las piedras de la gran construcción. ♦

—Enrique Robertson

La vuelta de Sarmiento

PABLO NERUDA



El 5 de febrero debió conmemorarse en Chile el bicentenario de Domingo Faustino Sarmiento, nacido en 1811 en San Juan, lugar de su formación y de sus primeros ensayos periodísticos. En 1831 emigró a nuestro país y ese mismo año inició su generosa tarea como maestro, primero en Los Andes y luego en Pucuro. En su segunda estancia en Chile, desterrado por la tiranía de Juan Manuel de Rosas, dio comienzo a una memorable colaboración en *El Mercurio* de Valparaíso y a sus incitantes publicaciones sobre educación y otros variados asuntos sociales y culturales: una obra cuya poderosa influencia se ha hecho sentir de muchas maneras en el continente. / No parece que una efeméride tan notable haya suscitado mayor interés en Chile...

– Pedro Lastra (junio 2011)

Sarmiento, como Bello, aparece hondamente vinculado a nuestra historia política, literaria y social. Estuvo hasta doce veces en Chile, según refiere en el volumen XLIX de sus Obras completas. / En 1827 cruzó la cordillera en mula, lo mismo que los soldados libertadores, y ejerció el oficio de comerciante. En 1831 se vino fugitivo y escapando de la tiranía naciente. En 1840 arribó en calidad de desterrado y comienza el período más fecundo de su existencia errante y dramática. Ese empeñoso ostracismo puede dividirse en tres etapas, como lo ha definido Ricardo Rojas: la primera, de 1841 hasta 1845, y entonces toma temprano contacto con la celebridad, cuando parte a Europa en el último año citado; la segunda de 1848 a 1852, año de su campaña de Caseros, de la que tornó para radicarse en la Quinta de Yungay, hasta 1855, fecha de su definitivo regreso a la Argentina, donde realiza una fecunda jornada de político y estadista. También visita Santiago en abril de 1864 en su misión diplomática en Chile y Perú, y finalmente, en 1884, cuatro años antes de su muerte, acaecida en 1888.

– Ricardo A. Latcham (1954)

Argentina, 1943: un grupo de oficiales encabezado por Juan Domingo Perón toma el poder. El día del desembarco en Normandía (1944), el vicepresidente Perón declara que sea cual fuere el resultado de la guerra mundial en curso, Argentina seguirá siendo un sistema totalitario. Esta línea política se acentúa en Argentina mientras en Europa (1945) las tropas soviéticas ponen fin a la guerra con la conquista de Berlín, lo cual incita a Neruda a escribir el poema “La vuelta de Sarmiento” (casi desconocido porque no será incluido en sus libros), que reproducimos en memoria del bicentenario del histórico maestro:

Quién golpea la puerta, quién toca los umbrales?
Qué adusto paso se oye, qué sombra se avecina?
De quién es la severa mirada que se acerca?
Quién viene solitario sobre la nieve andina?
Es el viejo Sarmiento que regresa.
La noche una vez más cae sobre Argentina.

Abrid de par en par las puertas de la Patria
para que su cabeza fatigada repose
en el aire y la luz de Chile que él amaba,
sobre la tierra libre que conoce.

El látigo de Rosas se levanta de nuevo:
los tigres de Facundo corren por las estepas
en donde maduraba la vida de su pueblo.
Sarmiento no podía descansar en su tierra.

Desde Alemania la semilla malvada
voló para crecer en el campo argentino.
Y la noche de Rosas, la noche carcelaria
llenó de oscuridad y dolor los caminos.
Por eso levantó la orgullosa cabeza
como un antiguo dios del suelo americano,
como un árbol sombrío de arrogancia y tristeza,
y contempló la noche de antaño, la noche del tirano.

Y otra vez emprendió la marcha a la frontera
donde pudiera estar su pensamiento,
y otra vez nuestras puertas de altura y cordillera
vieron pasar la sombra severa de Sarmiento.

Su corazón palpita otra vez en la casa
que amó, en el asilo contra los opresores,
su viejo corazón es como una semilla
que vino a germinar entre nuestros terrones,
por eso lo esperábamos ahora como antes,
hasta que salga el sol más allá de los montes.

Gran refugiado, eres tu patria desterrada,
reposa y lucha: es éste tu solo mandamiento.
Siéntate y come nuestro pan de nuevo,
vuelve a nosotros otra vez tu pensamiento.
Y no devolveremos tu sombra peregrina
hasta que desde toda la extensión argentina
venga la Libertad a encontrarte, Sarmiento. ♦

– poema publicado en *El Siglo*, Santiago, el 25.05.1945,
y recogido en *OC*, IV, 547-548

Pablo y Ramón: dos pastores de parábolas secretas

TERESA CIRILLO SIRRI

Università L'Orientale di Napoli



Ramón Gómez de la Serna (Madrid 5.7.1888-Buenos Aires 12.1.1963) fue un prolífico escritor español (Neruda lo distinguió con particular estima) que sobresalió en muchos géneros literarios, del ensayo a la narrativa. Se le recuerda sobre todo por la invención de la greguería, una suerte de enunciado agudo, una broma explosiva que destruye el sentido común de la palabra o del sintagma y alumbraba un significado-sorpresa, un efecto humorístico o surrealista producido por la invención y la dinámica verbales o la transgresión de la convención semántica. La fórmula acuñada por el mismo Ramón era: «humorismo y metáfora igual a greguería».

Hay greguerías poéticas: «Las gondolrinas ponen las comillas a eso que llamamos cielo»; otras que asemejan a sinsentidos: «Porque daba besos lentos, duraban más sus amores»; algunas que son producto de un macabro humorismo y hondo pesimismo: «Yo en cada greguería veo sólo el optimismo de mis futuros gusanos»; «Para el hombre, la mayor burla es tener que morir». Hay también una cantidad de greguerías intratextuales, es decir, las que aparecen incorporadas a textos de diferentes tipos: en efecto, para Ramón la «pluma de escribir es un remo pesadísimo empeñado siempre en ir contra corriente».¹ La renovación y la búsqueda de lo nuevo, la complejidad de los conceptos y del uso de la palabra impregnan toda su obra. Para César González Ruano, la poesía moderna española proviene en gran parte de Ramón, quien, sin componer versos, hasta las cosas más insignificantes las trataba con sensibilidad de gran poeta.

El fragmento, la greguería ramoniana que desconcierta y agrada, de hecho encuentra una sugerente resonancia lírica en el *Libro de las preguntas* [1971-1973]

de Pablo Neruda. Las breves preguntas poéticas en las que predomina un tono lúdico y surrealista, recuerdan incluso los haikai (o haiku) las brevísimas e intensas composiciones japonesas (17 sílabas en 3 líneas sería la forma canónica) introducidas en Occidente por Paul Éluard, amigo de Neruda. Algunas de las preguntas nerudianas traen un intenso sabor a greguería: «Por qué los inmensos aviones / no se pasean con sus hijos?»; «Cuál es el pájaro amarillo que llena el nido de limones?» (I); «Si estoy muerto y no me he dado cuenta, a quién le pregunto la hora?» (II); «A quién le sonrío el arroz / con sus infinitos dientes blancos?» (XIII); «No será nuestra vida un túnel / entre dos vagas claridades?» (XXXV).

Muchos años antes de la composición del *Libro de las preguntas*, Neruda había tenido ocasión de conocer al inventor de las greguerías: del encuentro, acaecido en Madrid, se conserva un testimonio en *Confieso que he vivido*, cap. V, donde Neruda evoca los años míticos de la fraternal amistad entre el poeta chileno y los poetas españoles de una generación extraordinaria: García Lorca, Alberti, Hernández, Cernuda, Bergamín, Aleixandre. Faltaba poco para el inicio de la guerra civil. Neruda vivía en la Casa de las Flores, con las ventanas encendidas de geranios. A Ramón lo había conocido en «su cripta de Pombo», el café madrileño donde se reunía la tertulia de artistas y literatos inmortalizados en el conocido cuadro de Gutiérrez Solana. Así Neruda pinta con palabras, «con la culebra de su caligrafía», a Ramón:

Nunca puedo olvidar la voz estentórea de Ramón, dirigiendo, desde su sitio en el café, la conversación y la risa, los pensamientos y el

humor. Ramón Gómez de la Serna es para mí uno de los más grandes escritores de nuestra lengua, y su genio tiene de la abigarrada grandeza de Quevedo y Picasso. Cualquier página de Ramón escudriña como un hurón en lo físico y en lo metafísico, en la verdad y en el espectro, y lo que sabe y ha escrito sobre España no lo ha dicho nadie sino él. Ha sido el acumulador de un universo secreto. Ha cambiado la sintaxis del idioma con sus propias manos, dejándolo impregnado con sus huellas digitales que nadie puede borrar.²

Y en una carta del 19.9.1934 a la Rubia (Sara Tornú), desde Madrid, Neruda comenta:

...no he visitado a nadie, ni a Ramón. Éste está muy olvidado por los jóvenes y acaba de publicar en el último número de Cruz y Raya un maravilloso estudio sobre lo cursi. Yo que soy muy cursi, estoy muy contento.³

No es bastante. Durante enero de 1970, en una larga conversación frente al océano con Rita Guibert, Neruda alaba a Ramón con juicios que, salvando las diferencias, pueden amoldarse también a su desbordante obra de poeta. En las palabras nerudianas reaparecen el amigo Picasso y Quevedo, su gran numen tutelar:

Ramón me parece un gran fenómeno literario, un poco parecido al de Picasso, y con la misma virilidad. Fue un creador fundamental en nuestro idioma [...]. Fue un gran río de inspiración y de invención fabulosa. No se ha valorizado este mundo fantástico que nos dejó como herencia. Es un gran transformador del idioma, de los nexos, de la imaginación verbal; sus asociaciones fantásticas no tienen parangón en toda la historia literaria del idioma español. Es a la vez el Quevedo y el Picasso de los

tiempos modernos. Naturalmente, como pasa con muchos creadores, es demasiado caudaloso para aconsejarlo entero. [...] Pero la fatiga de los lectores no tiene nada que ver con este ciclópeo lleno de chispazos, de llamaradas, y también lleno de ese humorismo que se encuentra en las grandes obras de los maestros. Me ligó una cierta amistad con Ramón, pero ambos fuimos siempre demasiado ocupados y nos topamos rara vez.⁴

Un elogio más amplio y articulado lo realiza Neruda en un ensayo en *Ercilla*, 1.716 (8.5.1968):

... la gran figura del surrealismo, entre todos los países, ha sido Ramón. Es verdad que sobrepasa a tal escuela, porque es anterior y posterior, y porque su tamaño caudaloso no cabe aún en una escuela de tantos pisos. / Este español, que no ha sido tomado en serio aún, es el que desbarata sin acritud el Parnaso republicano, tan lleno de escritores acrisolados. La revolución ramoniana no es una escaramuza, es una batalla a fondo que nos revela el valor verdadero, el erario del idioma. [...] Toda su obra es su automoribundia. A pesar de lo desgranada que parece, va férreamente unida por la luz espectral del inventario. Abrió Ramón la cajonería del mundo y fue catalogando las cosas y los seres, los más harapientos y los más eminentes y con su tinta bautismal inauguró de nuevo el mundo [...]. Nuestro idioma seguirá contando con sus invenciones y sus greguerías [...]. Como poeta americano, poblador de otras tierras en donde hay más ríos y árboles que personas y personajes, me concedo yo el honor de hablar de Ramón para incitar a su continuo descubrimiento, a convivir con sus dones fabulosos.⁵

La síntesis del pensamiento de Neruda sobre Ramón se encuentra en su importante discurso académico “Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra”, leído el 30.3.1962 en el Salón de Honor de la Universidad de Chile (Santiago):

Ramón Gómez de la Serna, el Picasso de nuestra prosa maternal, lo revuelve todo en la península y asume una especie de amazónica corriente en que ciudades enteras pasan rumbo al mar, con despojos, velorios, preámbulos, anticuados corsés, barbas de próceres, posturas instantáneas que el mago capta en su fulminante minuto.⁶

Además de estos compendios crítico-poéticos, Neruda manifestó en verso su gran aprecio por la originalidad de la escritura, y también su simpatía humana hacia el amigo, a través de la “Oda a Ramón Gómez de la Serna”⁷ recogida en *Navegaciones y regresos* (1959), último de los cuatro volúmenes de *Odas elementales*. Dividida en cuatro tiempos, la oda se abre con el cariñoso retrato de un Ramón punzante,



poco sociable, encerrado como un oso bueno, inofensivo como un juguete, en su torre, en su guarida (una torre ya engullida por las nuevas construcciones de Madrid); el escritor extravagante en hechos y dichos, es, en realidad, un hombre solitario que colecciona cantidad de objetos viejos, curiosos, comprados en el *Rastro* madrileño que tanto le gusta recorrer, o recogidos, de noche, por calles y callejuelas de la ciudad dormida. Este Ramón que surge de la fantasía de un poeta que intenta siempre interrogar y descubrir algo del misterio de la vida y del mundo, es el «director / ditirámico / de la interrogadora poesía», idealmente unida al nerudiano *Libro de las preguntas*. Cerca del océano tonante, en la legendaria casa de Isla Negra, durante la mañana de un día «roto / como la antigua estatua / de una diosa marina / recién sacada de su lecho frío / con lágrimas y légamo», nace la Oda que Pablo dedica al genial español que vive su extraordinaria y misteriosa vida en una torre a la orilla de un mar urbano y humano que, a su modo, a Ramón le «revela el universo». Al mago de la palabra que tarde o temprano saldrá de su encierro, Neruda ofrece la voluble ligereza

de una ráfaga de viento marino chileno y sus «himnos matinales» escritos con tinta verde, el color del ciclamino selvático:

Ramón
está escondido,
vive en su gruta
como un oso de azúcar.
Sale sólo de noche
y trepa por las ramas
de la ciudad, recoge
castañas tricolores,
piñones erizados,
clavos de olor, peinetas de tormenta,
azafranados abanicos muertos,
ojos perdidos en las bocacalles,
y vuelve con su saco
hasta su madriguera trasandina
alfombrada con largas cabelleras
y orejas celestiales.
[...]
Escribo en Isla Negra,
construyo
carta y canto.
[...]
Y a Ramón
dediqué
mis himnos matinales,
la culebra
de mi caligrafía,
para cuando
salga
de su prolija torre de carpincho
reciba la serena
magnitud de una ráfaga de Chile
y que le brille al mago el cucurucho
y se derramen todas sus estrellas.♦

NOTAS:

¹ Ver R. Gómez de la Serna, *Greguerías intratextuales*, selección y edición de L. López Molina, Madrid, Albert ed., 2007, p. 76.

² Pablo Neruda, *Obras Completas*, tomo V, edición, prólogo y notas de H. Loyola (Barcelona, Galaxia Gutenberg & Círculo de Lectores, 2002), p. 526.

³ *Ibíd.*, p. 1031.

⁴ *Ibíd.*, p. 1155.

⁵ *Ibíd.*, p. 161.

⁶ Neruda, *OC*, IV (2001), pp. 1085-1086.

⁷ Neruda, *OC*, II (1999), pp. 821-823.

Chile Guevara y geografías colindantes

ENRIQUE ROBERTSON
Bielefeld, Alemania

Chile Guevara murió en 1951. En el vigente 2011, a sesenta años de su muerte, recordemos a este personaje evocado por Neruda en *Confieso que he vivido* (OC, V, 443-445; ver texto en recuadro).



Álvaro Guevara Reimers tenía 45 años, exactamente 10 más que Neruda, cuando –en 1939– habló con el vate en París. Desde mucho antes era conocido como **Chile Guevara**; curiosamente no por su profesión de pintor, sino como boxeador amateur. Hijo de un exportador de lana, Guevara nació en Valparaíso el 13 de julio (según otra fuente: el 10 de junio) de 1894. A los 16 años de edad, es decir en 1910, llegó a Londres a estudiar una carrera técnica; pero la abandonó al cabo de un par de años para ingresar en la Academia de Bellas Artes de Bradford, estudios que, por méritos, pudo proseguir en la Slade School of Fine Art de Londres hasta 1916. En esta elitaria escuela conoció a aristocráticas jóvenes de la llamada bohemia dorada, hijas de adineradas familias británicas. Entre ellas a Méraud Guinness, de la acaudalada familia Guinness, a la que reencontró mucho después en París donde ella estudiaba escultura con Archipenko y pintura con Picabia. Casado con Méraud en 1929, pero en una relación muy laxa, Guevara dejó Londres y fijó su domicilio en Francia. Aquí fue apoderado de su sobrina Raquel Señoret, hija de su hermana Sibila, que estudiaba en un Internado para señoritas, cerca de París. [Raquel conocerá a Vicente Huidobro en Londres, 1945. Será la última esposa del poeta, fallecido en 1948. Ella murió en 1990.]

Antes, Álvaro había hecho un intento de retorno a Chile. Entre 1923 y 1926 vivió acompañando a su madre en Viña del Mar. En esta ciudad, junto con mantener un taller de pintor, se dedicó al pugilato, actividad que le valdrá ser conocido como **Chile Guevara** (como púgil llegó a conquistar un ‘cinturón de oro’). Después de tres años de estancia en Viña del Mar decidió volver a



Londres, donde fue nombrado miembro del New English Art Club y se le comisionó como retratista. Mereció ser elogiado por *The Burlington Magazine*, la exquisita revista de arte que también consagrará a Matta, muchos años más tarde.

Aunque se le consideraba un pintor británico, el visionario Chile Guevara nunca quiso nacionalizarse inglés. Ello le salvó de morir fusilado en París durante la ocupación alemana, cuando junto con su íntimo amigo, el también pintor chileno Manuel Thompson, fue detenido por la Gestapo en 1941. En las prisiones de los nazis fue sometido a inhumanas vejaciones durante casi dos largos años. Si salió con vida de ellas se debió paradójicamente a que la República de Chile –y otras naciones americanas– rompió relaciones con la Alemania de Hitler, lo que poco después hizo posible un canje de diplomáticos y prisioneros.

Álvaro Guevara viajó nuevamente a Chile, integrando un grupo entre los que, entre otros, se contaba el influyente y controvertido militar, político y diplomático Tobías Barros Ortiz. El *Cabo de Hornos*, barco que los llevó desde Lisboa a Buenos Aires, zarpó en diciembre de 1943 rumbo a la libertad. Al margen de lo que aquí nos ocupa, al parecer estaba previsto que en el mismo barco viajara también Maruca Hagenaar, la primera esposa de Neruda, lo que finalmente no sucedió.

En casa de su anciana madre, que falleció en 1944 ó 1945, Álvaro Guevara se recuperó, aunque sólo parcialmente, del marasmo psíquico y físico que le provocó el internamiento en la prisión nazi. A ello se sumó el haber perdido –afortunadamente no toda– una gran parte de su obra pictórica. En 1945 volvió a Europa, con un nombramiento de Cónsul honorario de Chile en Londres. Desde allí se le trasladó a Suiza en calidad de Agregado Cultural. En los años siguientes su salud se deterioró notoriamente, por lo que se retiró a vivir a Francia, cerca de Aix-en Provence, en la modestísima casa que habitaba la que seguía siendo su esposa, la desheredada Méraud Guinness. Allí falleció Chile Guevara en 1951. En la década del 50, Méraud Guevara dedicó mucho trabajo y tiempo a reivindicar su memoria.

Retornando a la década entre fines de los años 20 y de los 30: antes de su breve encuentro con Neruda en París, Chile Guevara había publicado uno de los tres libros que escribió. Además había ilustrado algunos libros de Edith Sitwell (también fue ilustrador de la revista que ella dirigía), excéntrica poetisa a quien Guevara retrató tan magistralmente que Sir John Rothenstein,



Nancy Cunard vista por Chile Guevara.



Casa de Nancy Cunard, Normandía, en la actualidad.

director de la Tate Gallery, al incorporar el cuadro a la colección expresó: «Guevara pertenece a una clase muy escasa en esta época, de artistas capaces de pintar efigies de mujeres hermosas en forma ajustada, al natural y sin dejar rastros visuales de ensimismamientos halagadores».

Ese fue el impresionante cuadro que Neruda, en 1965, descubrió y admiró durante su visita a la Tate. Sin embargo, al parecer a la Sitwell el retrato no le agradó; no lo reproduce ni menciona al pintor Guevara en su autobiografía. Probablemente fue por venganza, pues bien se sabe que se conocieron. Se dice que él no se quiso casar con ella, pero Sitwell presentó el asunto como rechazo suyo, a causa –habría dicho– de una presunta e incurable enfermedad venérea del chileno.

Lo cierto es que otras damas, igualmente británicas, aristocráticas y adineradas, como Méraud Guinness –que fue su esposa– y Nancy Cunard, no lo rechazaron de ninguna manera. A ambas las retrató magistralmente. También es cierto que las dos dejaron pronto de ser adineradas, al ser desheredadas por vivir de un modo considerado inaceptable por las respectivas



Retrato de Edith Sitwell. (Chile Guevara).

familias. Asunto que a ellas no les importó demasiado, aunque económicamente las afectó muy seriamente. Cuando Nancy Cunard aún disponía de mucho dinero, compró una granja con gran casona en La Chapelle-Réanville, Normandía, donde instaló una prensa Mathieu, de fabricación belga, con la que echó a andar la Hours Press, editora de una serie de libros, uno de los cuales, *Saint George at Silene*, de Álvaro Guevara, fue el segundo que salió de su prensa artesanal. Ciento cincuenta ejemplares que Álvaro firmó allí, uno por

uno, en 1928.

Chile Guevara fue asiduo visitante de la granja normanda de Nancy Cunard en Réanville. A esa misma casona acudió Neruda varias veces –en 1937– para imprimir las entregas de la revista *Los poetas del mundo defienden al pueblo español*, en la misma prensa y ayudando a Nancy, experta impresora que además financiaba la edición.

Quizá buscando esa casona, pero infructuosamente por no poder recordar el nombre del lugar en donde estaba, fue que Pablo Neruda, tres décadas después, y más exactamente al día siguiente de saber que se le había otorgado el premio Nobel, encontró otra, en Condé-sur-Iton, algo más lejos de París. A esta casa, bautizada La Manquel como se sabe, se llega en automóvil unos 20 ó 30 minutos después que a Réanville. Pero la geografía y el paisaje en torno a La Manquel son iguales a los que rodeaban la casona de Nancy Cunard en Réanville, a la que ni Álvaro Guevara ni Pablo Neruda volvieron a entrar nunca más. ♦

[Chile Guevara]

PABLO NERUDA

En París, antes de la última guerra, conocí al pintor Álvaro Guevara, a quien en Europa siempre se le llamó Chile Guevara. Un día me telefoneó con urgencia. «Es un asunto de primera importancia», me dijo.

Yo venía de España y nuestra lucha de entonces era contra el Nixon de aquella época, llamado Hitler. Mi casa había sido bombardeada en Madrid y vi hombres, mujeres y niños destrozados por los bombarderos. La guerra mundial se aproximaba. Con otros escritores nos pusimos a combatir al fascismo a nuestra manera: con nuestros libros, que exhortaban a reconocer el grave peligro.

Mi compatriota se había mantenido al margen de esta lucha. Era un hombre taciturno y un pintor muy laborioso, lleno de trabajos. Pero el ambiente era de pólvora. Cuando las grandes potencias impidieron la llegada de armas para que se defendieran los españoles republicanos, y luego cuando en Munich abrieron las puertas al ejército hitleriano, la guerra llegaba.

Acudí al llamado del Chile Guevara. Era algo muy importante lo que quería comunicarme.

—De qué se trata? —le dije.

—No hay tiempo que perder —me respondió—. No tienes por qué ser antifascista. No hay que ser antinada. Hay que ir al grano del asunto y ese grano lo he encontrado yo. Quiero comunicártelo con urgencia para que dejes tus congresos antinazis y te pongas de lleno a la obra. No hay tiempo que perder.

—Bueno, dime de qué se trata. La verdad, Álvaro, es que ando con muy poco tiempo libre.

—La verdad, Pablo, es que mi pensamiento está expresado en una obra de teatro, de tres actos. Aquí la he traído para leértela —y con su cara de cejas tupidas, de antiguo boxeador, me miraba fijamente, mientras desembolsaba un voluminoso manuscrito.

Preso del terror, y pretextando mi falta de tiempo, lo convencí de que me explayara verbalmente las ideas con las cuales pensaba salvar la humanidad.

—Es el huevo de Colón —me dijo—. Te voy a explicar. Cuántas papas salen de una papa que se siembra?

—Bueno, serán cuatro o cinco —dije por decir algo.

—Mucho más —respondió—. A veces cuarenta, a veces más de cien papas. Imagínate que cada persona plante una papa en el jardín, en el balcón, donde sea. Cuántos habitantes tiene Chile? Ocho millones. Ocho millones de papas plantadas. Multiplica, Pablo, por cuatro, por cien. Se acabó el hambre, se acabó la guerra. Cuántos habitantes tiene China? Quinientos millones, verdad? Cada chino planta una papa. De cada papa sembrada salen cuarenta papas. Quinientos millones por cuarenta papas. La humanidad está salvada.

Cuando los nazis entraron a París no tomaron en cuenta esa idea salvadora: el huevo de Colón, o más bien la papa de Colón. Detuvieron a Álvaro Guevara una noche de frío y niebla en su casa de París. Lo llevaron a un campo de concentración y ahí lo mantuvieron preso, con un tatuaje en el brazo, hasta el fin de la guerra. Hecho un esqueleto humano salió del infierno, pero ya nunca pudo reponerse. Vino por última vez a Chile, como para despedirse de su tierra, dándole un beso final, un beso de sonámbulo, se volvió a Francia, donde terminó de morir.

Gran pintor, querido amigo, Chile Guevara, quiero decirte una cosa: Ya sé que estás muerto, que no te sirvió de nada el apoliticismo de la papa. Sé que los nazis te mataron. Sin embargo, en el mes de junio del año pasado, entré en la National Gallery. Iba solamente para ver los Turner, pero antes de llegar a la sala grande encontré un cuadro impresionante: un cuadro que era para mí tan hermoso como los Turner, una pintura deslumbradora. Era el retrato de una dama, de una dama famosa: se llamó Edith Sitwell. Y este cuadro era una obra tuya, la única obra de un pintor de América Latina que haya alcanzado nunca el privilegio de estar entre las obras maestras de aquel gran museo de Londres.

No me importa el sitio, ni el honor, y en el fondo me importa también muy poco aquel hermoso cuadro. Me importa el que no nos hayamos conocido más, entendido más, y que hayamos cruzado nuestras vidas sin entendernos, por culpa de una papa. ♦

— de *Confieso que he vivido* (1974), recogido en *OC*, V, 443-445

Evtushenko y Neruda

OLGA RIES

Universidad Diego Portales



«Evtushenko es un clown» escribe Neruda en *Elegía*. Más que en otros poemas del libro, en éste se percibe una complicidad o incluso una identificación con el joven poeta, su energía, su atrevimiento. Parece encontrar en él lo que es la poesía, su libertad y fuerza de innovación.

Este espíritu de rebeldía que advierte en Evtushenko es típico de la generación surgida después de la muerte de Stalin: un grupo de poetas jóvenes innovadores —en su imaginario, sus temas y su comunicación directa con el público, mediante lecturas públicas desde un escenario— y simultáneamente seguidores de la tradición que ve al poeta como una institución social, nacional, independiente y crítica del gobierno. Sin embargo, no muchos años después, en la época de Brézhnev, el conformismo apoyado ‘desde arriba’ vuelve a dominar, y la censura, en realidad nunca desaparecida, vuelve a controlar con la antigua rigidez la vida social y artística, obstruyendo la creatividad en todas sus manifestaciones. Neruda alude también a esto en su poema lleno de simpatía por los jóvenes.

Nacido en 1933, Evgueni Evtushenko es uno de los personajes más conocidos de esa generación y probablemente el que más y más temprano ha recibido atención pública. Comienza a publicar desde los 16 años, y al ingresar en la Unión de Escritores



Evtushenko visto por Olga Ries (2011).

res Soviéticos en 1952, a los 19 años de edad, es su miembro más joven. Pronto se une al grupo de jóvenes poetas que leen sus poemas en público, buscando un contacto directo con la gente, eligiendo temas interesantes para los jóvenes. Es un poeta extremadamente polifacético, tanto temática como estilísticamente, además de trabajar para el cine y editar una antología de poesía rusa.

Pero no es por su poesía juvenil y optimista, o por lo menos no exclusivamente, que se da a conocer. El joven que Neruda conoció era el autor de obras tales como *Los herederos de Stalin* (1962), sobre las estructuras opresivas de la sociedad soviética; *Tanques van por Praga* (1968), sobre la represión de la llamada Primavera de Praga; y, sobre todo, *Babiy Yar* (1961). Este último es el lugar de una masacre realizada en 1941 durante la Segunda Guerra Mundial. Contrariamente a la interpretación oficial soviética, que la declaraba una masacre de ciudadanos soviéticos por obra de los nazis, Evtushenko la identifica claramente como un acto de antisemitismo, como una matanza de judíos, con rusos y ucranianos entre los perpetradores del crimen. Identifica entonces el antisemitismo como un problema existente en la sociedad ruso-soviética (independientemente de la Gran Guerra), y fue uno de

los primeros en hablar de esa tragedia en la Unión Soviética.

El joven *clown* a quien Neruda conoce es entonces alguien con una pronunciada –y potencialmente peligrosa– posición, actuando un difícil balance entre oficialismo y resistencia, y las comparaciones con Napoleón y Picasso ya no parecen tan excéntricas, sino un testimonio de la estimación de Neruda por el joven poeta y de su comprensión de la difícil situación que viven los intelectuales en la Unión Soviética post-Jruschov con sus «nuevos filisteos». Para muchos intelectuales, una actitud de resistencia es la opción más natural (el apoliticismo no es para ellos una verdadera opción) y Evtushenko es uno de los personajes más emblemáticos de este comportamiento generacional. Aunque no *plenamente* en la oposición –algo que se le ha reprochado en repetidas ocasiones– es un crítico del sistema, como ya lo sugieren los títulos de sus poemas arriba mencionados.

Tal vez por ello, en una entrevista que concedió a un periódico ruso en 2005, Evtushenko compara su propio estatus en la Unión Soviética con el de Neruda en Chile, alguien cuyo estatus como artista es mucho más claro que en su propio país, donde el proceso de reconocimiento es a veces largo y arduo, y además influido por decisiones políticas y modas.

La figura de Evtushenko cristaliza como uno de los autores soviéticos de mayor resonancia internacional, por su mayor presencia en el extranjero a través de sus múltiples y frecuentes viajes, en particular a Latinoamérica. Hoy día Evtushenko divide su vida entre Rusia y Estados Unidos, pero ya desde antes de su amistad con Neruda empieza su fascinación por Latinoamérica en general y por Chile en particular, un país al que lo unen lazos de cariño y fascinación.

Evtushenko ha visitado numerosos países de América Latina desde la década de los 60, sobre todo Cuba y Chile. En 1964 colabora en el guión de *Soy Cuba*, una película experimental sobre la entonces reciente revolución cubana que ha conquistado bastante popularidad entre cinéfilos en los últimos 20 años. Realiza su primera visita al país del Cono Sur en 1967 y durante el año siguiente publica en Chile su poema “El mar” (en el diario *El Siglo*, 21.01.1968) traducido por el mismo Pablo Neruda, quien lo había invitado un año antes. Pero también escribe poesía en español directamente.

Tal vez su obra más directamente relacionada con Chile es el poema –casi una novela en verso– “Una paloma en Santiago”, escrito en el período 1972-78 entre Moscú y Santiago. El poema se ocupa de múltiples asuntos. Los viajes del poeta por Chile desde Santiago hasta Punta Arenas antes de 1973, la noticia traumática del golpe y de las muertes de Allende y Neruda, el suicidio de un joven en Santiago: todo esto se funde en una discusión sobre vida y muerte, belleza y sufrimiento, sinceridad y valentía, y en última instancia sobre el amor incondicional a la Vida, precisamente en situaciones como las que Chile vivió antes, durante y después del golpe (e, implícitamente, como los años *estancados* o inmóviles que vivía la Unión Soviética en la misma época).

Por cierto, Chile le contesta con igual afecto: en 2009 Evgueni Evtushenko fue galardonado con la Orden Bernardo O’Higgins, un gesto de reconocimiento y de reconciliación entre el autor y el país que tanto admiraba. ♦

Óscar Hahn*: *dos textos sobre Neruda*



1 / LLOVERÁ UNA VEZ MÁS SOBRE LOS CAUCES

Como la noche anterior me había acostado de madrugada, a las doce del día recién acababa de despertar. Estaba preparándome para entrar a la ducha, cuando sentí que golpeaban la puerta. Uno de mis amigos había quedado de pasar a buscarme a esa hora. Salí del baño en pijamas y abrí. «Óscar, qué flojo eres, hombre. Todavía en cama», dijo el que golpeaba. Pensé que estaba sufriendo alucinaciones. Allí, parado frente a mí, con una ancha sonrisa en el rostro, se erguía Pablo Neruda. Me puse a tartamudear tratando de expresar algo. «Vístete rápido. Te espero en el jeep», dijo.

En octubre de 1969 Pablo Neruda iba a llegar a Arica, en el norte de Chile, para promover su candidatura presidencial dentro de la Unidad Popular, como representante del Partido Comunista, y los organizadores de su visita necesitaban un vehículo para movilizar al poeta. Uno de los dirigentes juveniles, Juan Ernesto Riquelme, me comunicó atribulado que algunas personas habían ofrecido sus autos, pero sólo por un par de horas.

«No podemos andar con el vate de auto en auto», refunfuñó Juan Ernesto. «Alguien va a tener que sacrificarse por la poesía».

Y deslizó una mirada sobre mi jeep.

Me pareció fabuloso que Neruda fuera a desplazarse en mi vehículo. Mientras Juan Ernesto conducía a Neruda por la ciudad, se encargó de poner por las nubes mi desprendimiento, de modo que cuando llegó la hora de ir a almorzar, Neruda le dijo: «Compañero, no me parece justo que Óscar ande sin su jeep. Vamos a buscarlo».

Esta no era la primera vez que yo había estado con el poeta en Arica. En 1963 llegó a esa ciudad nortina para proclamar a los candidatos comunistas al Congreso. Neruda leyó un discurso y varios poemas políticos, frente a un público formado por militantes del Partido y simpatizantes de izquierda. Al terminar el acto, bajó de la tribuna y se puso a conversar con algunas personas, entre las que se encontraba el dirigente regional del Partido Socialista, Rigoberto Soto. Cuando Soto vio que yo estaba por ahí cerca, me llamó y me presentó a Neruda.

«Ya tiene un libro publicado», le informé, tratando de congraciarme con el poeta.

«Claro que sí», dijo Neruda. Y ante la sorpresa de todos: «Se llama *Esta rosa negra* y apareció en la colección Alerce». Y dirigiéndose a mí: «¿Sabes que yo fundé esa colección?».

Respondí que sí, que por supuesto.

«¿Y cómo anda la poesía? ¿Tienes poemas nuevos?».

«Tengo unos pocos», dije tímidamente.

«Ah, bueno... ¿Conoces a la familia Walton?».

«Sí, claro».

«Pues bien, te espero en su casa mañana en la mañana, a las 9 en punto».

Al día siguiente a las nueve clavadas, llegué al departamento que los Walton les habían cedido a Neruda y Matilde. El mismo Neruda salió a abrir la puerta, recién afeitado y peinado. Pidió que nos sirvieran un té y nos sentamos a la mesa del comedor, los dos solos. A excepción de Matilde, que se dedicaba a ordenar la ropa y a sacudir por aquí y por allá, en la casa no había nadie más.

«¿Trajiste los poemas?».

«Aquí están», dije, sacando nerviosamente cinco o seis de una carpeta.

«¿Esto es todo?», preguntó Neruda extrañado, mientras daba vueltas las hojas.

«Esto es todo. Escribo muy poco».

«Malo, pues, hombre. Deberías escribir más. Por lo menos un poema diario. Yo escribo un poema todos los días».

«Bueno, don Pablo», me atreví a replicar, «usted es Pablo Neruda y yo soy Óscar Hahn no más».

Neruda me miró paternalmente y movió la cabeza sonriendo. De pronto se puso muy serio y empezó a leer en silencio. Yo estaba pálido como un muerto y sentía que me faltaba el aire. A medida que iba leyendo, Neruda deslizaba comentarios muy agudos, sin levantar la cabeza. Al final separó dos hojas y dijo: «Quiero que le mandes éste a Hernán Loyola, del diario *El Siglo*. Dile que yo te lo pedí». El poema era “Visión de Hiroshima”. No sé si por dejación o por timidez, nunca llegué a enviarlo.

Varios meses después ocurrió algo curioso. Un día domingo llegó un amigo a mi casa de Arica y me dijo: «¿Viste el diario *El Siglo*? Sale un poema tuyo». Y me pasó el diario. El poema publicado era precisamente “Visión de Hiroshima”. ¿Qué había ocurrido? Nada más que una increíble coincidencia. Sucede que ese texto, junto con los otros que le mostré a Neruda, apareció después en los *Anales de la Universidad de Chile*, con una presentación de Pedro Lastra. De ahí lo tomó Loyola, y lo hizo publicar por decisión propia y sin tener ni la menor idea de mi conversación con el poeta.

Vuelvo ahora al mes de octubre de 1969. Fuimos a almorzar a otra casa que la misma familia Walton, ya mencionada, tenía

frente al mar, cerca de la playa La Lisera. Era allí donde Neruda y Matilde estaban alojando esta vez. Los acompañaba el escritor y entonces senador por el Partido Comunista, Volodia Teitelboim. Tyndall Walton, uno de los anfitriones, se había conseguido unos camarones descomunales y el mejor vino blanco para agasajar a Neruda. El poeta estaba muy alegre. En un momento se puso a cantar con su célebre voz cansina y nasal, una canción de la guerra civil española. Era cómico escucharlo y él se divertía como niño chico.

Faltaban pocos días para que la Academia Sueca otorgara el Premio Nobel de Literatura 1969 y le pregunté a Neruda si no le preocupaba andar por el norte de Chile, lejos de la prensa santiaguina.

«¿Qué tal si le dan el premio este año?».

«No me preocupa. Yo sé que este año no me lo van a dar.»

«¿Y cómo lo sabe?».

«Tengo mis informantes suecos», respondió riéndose a carcajadas.

«¿Y si usted tuviera que darlo? ¿A quién se lo daría?».

«A Robert Graves. ¿Lo conoces? Es un gran poeta y novelista inglés.»

Terminada la sobremesa, Neruda anunció que se iba a retirar a tomar una siesta.

«Óscar, si quieres llévate el jeep para que puedas hacer tus cosas, y me pasas a buscar antes del recital.»

Me pareció una proposición caída del cielo. Después del contundente almuerzo y de la traspasada, yo estaba muerto de sueño.

Alrededor de las seis y media de la tarde regresé a buscar a Neruda. La puerta de la casa estaba abierta. De todos modos golpeé, pero nadie salió a recibirme. Luego de una espera razonable, me atreví a ingresar. Era evidente que adentro no había nadie. En ese instante entró Volodia Teitelboim.

«Aquí no hay nadie», dijo molesto. «¿Dónde diablos se habrá metido Pablo?».

Salimos a buscar por los alrededores de la casa, pero ni sombra del poeta.

«¿Y Matilde?».

«Tampoco está», dijo.

«Quizás fueron a caminar a La Lisera», sugerí.

«Vamos a echar un vistazo», dijo Volodia.

A esa hora, cerca de las siete de la tarde, en la playa solamente había unos niños tirando piedras al agua. Noté que Volodia estaba entre malhumorado y nervioso.

«Esto puede ser muy serio. No hay que olvidar que Neruda es candidato presidencial y que siempre existe la posibilidad de que algún loco haga alguna estupidez».

«Por ejemplo, ¿raptarlo?»., pregunté asustado.

«No sé», dijo Volodia. «Mejor no pensar en ese tipo de cosas».

«¿Por qué no vamos a la Universidad? Es posible que se haya ido con otra persona».

«Sí», dijo Volodia, cada vez más fastidiado. «Vamos a la Universidad».

Una vez en el jeep, traté de justificar a Neruda, diciendo: «Bueno, Volodia, no olvide que Neruda antes que nada es poeta».

«Muy poeta será», repuso echando humo, «pero en este momento es el candidato del Partido. Debería ser más cuidadoso».

Faltaban unos pocos metros para llegar a la entrada principal del campus, cuando divisamos a Neruda conversando con un grupo de personas. Nos bajamos del jeep. Volodia se acercó al poeta y le habló algo que no escuché.

«Lo que pasa», dijo Neruda, «es que me vino a ver Jorge Bellet. Fuimos a su casa en Azapa, nos entusiasamos recordando viejos tiempos, y después ya no tenía sentido regresar a la playa». Volodia Teitelboim entendió. Él sabía perfectamente bien quién era Jorge Bellet. El 6 de enero de 1948, como senador por el Partido Comunista, Neruda había pronunciado un discurso en el Senado, que a la manera de Zola tituló “Yo acuso”. En él presentaba una larga lista de cargos políticos y morales contra el Presidente de la República, Gabriel González Videla. El 3 de febrero Neruda fue desafortunado por la Corte Suprema y se ordenó su detención. Perseguido por la policía del régimen, debió pasar a la clandestinidad. Al enterarse de que el poeta corría peligro en la zona central, los dirigentes del Partido determinaron que Neruda saliera de Chile por la región austral. Después de atravesar los lagos Ranco y Maihue, Neruda llegó a una hacienda maderera rodeada de matorrales y de enormes árboles, y alojó en una casa medio escondida en la maraña selvática. Allí lo estaba esperando Jorge Bellet, el «capitán general de las maderas», como lo llama en las *Memorias*. Jorge Bellet, el causante de la misteriosa desaparición de Pablo Neruda, había sido nada menos que el jefe de la expedición que en febrero de 1949 condujo al poeta hacia la libertad, al otro lado de la cordillera. Era imposible que Neruda se negara a una invitación suya.

Como siempre, el recital fue toda una experiencia. En el salón central de la Universidad no cabía ni un alfiler. Antes de empezar la lectura, tuvo la gentileza de enviarme un saludo. Yo me hundí en mi asiento, rojo hasta las orejas, mientras algunos curiosos se ponían de pie y estiraban el cuello, tratando de ver quién era el aludido. Recuerdo como el día de hoy que Neruda vestía una camisa de color plateado y una corbata clara que hacía contraste. Recuerdo también en particular dos de los poemas que leyó: “Mi padre” y “Oda al elefante”. Los recuerdo más que nada por el efecto contrario que causaron en la audiencia. “Mi padre” era el recuerdo nostálgico de Neruda por su padre ferroviario, ya fallecido, y terminaba dándole el golpe de gracia a la ya conmovida audiencia, con dos versos impactantes: «El conductor José del Carmen Reyes / subió al tren de la muerte y hasta ahora no ha vuelto». Un escalofrío recorrió toda la sala.

La primera parte de la “Oda al elefante”, en cambio, despertó la hilaridad de los oyentes, porque contenía algunas descripciones muy simpáticas. Decía, entre otras cosas, que el elefante pasaba «con su ropaje / de árbol arrugado / su pantalón / caído / y su colita»; pero luego la oda cambiaba de tono y se transformaba en un poema de protesta contra el cautiverio de esa «espesa bestia pura», como la llama, consiguiendo que la audiencia también cambiara de humor.

Al final de la lectura alguien del público gritó: “El poema 20”. Neruda se hizo el desentendido. Pero luego se oyó otra voz, y otra y otra, y el poeta no tuvo más remedio que ceder a las exigencias

de su público. Apenas pronunció las primeras palabras: «Puedo escribir los versos más tristes esta noche», la atmósfera se cargó de una emoción especial. Después de todo, la mayoría de los oyentes había crecido leyendo ese poema y sin duda formaba parte de la vida amorosa de muchos de ellos. Escuchar esos célebres versos ahí, frente al mismísimo Neruda y de su propia voz, fue ingresar en una atmósfera llena de resonancias nostálgicas y de magia nocturna, muy difícil de olvidar.

El 24 de septiembre de 1973, cerca del mediodía, aún me encontraba en cama tratando de reponerme de los días que había pasado en la cárcel, como consecuencia del golpe militar, cuando un locutor de la televisión anunció: **El poeta chileno Pablo Neruda murió anoche en la Clínica Santa María.** Vi su camisa plateada y su corbata clara. Lo oí cantando una canción de la guerra civil española. Lo vi desplazándose en mi jeep por las calles de Arica. Lo vi parado en la puerta de mi casa, con su sonrisa desplegada en el rostro. Y oí su voz lenta y nasal que me decía: «Oscar, qué flojo eres, hombre. Todavía en cama». Me levanté bruscamente, tomé un papel y un lápiz, y escribí sin pausa:

*Cuando el sol de la muerte
se beba toda el agua de tus ríos
y sus rayos voraces
mortifiquen tu piel y la resequen
el agua de tu cuerpo ascenderá a los cielos
y convertida en sangre
lloverá una vez más sobre los cauces.*

– Reproducido de *Nerudiana* '95,
Sássari, Italia, 1995.

2 / EL MISTERIO DEL POEMA 20

Entro en cierta página de YouTube y veo que tiene más de 10.000.000 de reproducciones. Repito: Diez millones. ¿El último hit de Lady Gaga, U2 o Justin Bieber? No. Es el “Poema 20” de Pablo Neruda, leído por el actor argentino Arturo Puig. Y eso, sin contar las reediciones en innumerables libros impresos en castellano y en cuanta lengua existe. Más notable aún si consideramos que casi todas las composiciones de otros poetas, escritas en la misma época que el “Poema 20”, ya están perfectamente obsoletas y han pasado al olvido. Interesante, además, que ocurra con este poema que fue descalificado, y sigue siéndolo, con el lugar común de que no es un poema, sino un bolero, es decir, un texto supuestamente facilón, sentimentaloides y cursi; argumentos que serían abonados justamente por aquello de los diez millones. Esa descomunal cantidad de visitantes –se dice– jamás se interesaría en algo verdaderamente significativo y profundo. Lo que no explican es por qué otros poemas que podrían ser criticados sobre la misma base que el de Neruda, no tienen ni remotamente el record que ostenta el

“Poema 20”. O, dicho en otros términos, ¿qué encierran los versos de Neruda en particular, que son capaces de conmover a tan abrumador número de receptores y por una extensión de tiempo que parece no tener fin? Ese es el misterio. Antes de formar parte del libro *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, apareció en 1923 en la legendaria revista *Claridad*, de la Federación de Estudiantes de Chile, con el título “Tristeza a la orilla de la noche”. En ese entonces Neruda era un adolescente de apenas 19 años. El poema pertenece al género que se denomina nocturno, tan común en la poesía y en la música clásica. Los chilenos sabemos muy bien cómo empieza: «Puedo escribir los versos más tristes esta noche». Y ahí comienzan también las diatribas de los detractores. Sostienen que Neruda, al iniciar el texto de ese modo, se estaría jactando de su habilidad como poeta. Mala lectura, pienso yo, porque lo que quiere decir, simplemente, es que las condiciones son propicias para que surjan sus doloridas palabras. ¿Cuáles son esas condiciones? Las típicas de muchos nocturnos: la ausencia de la amada, la soledad del amante, la nostalgia del amor, la inmensidad de la noche, la sensación de que algo ha terminado para siempre. Dadas esas circunstancias, «el verso cae al alma como al pasto el rocío».

Pero analicemos las objeciones. ¿Facilón? No tanto, parece, si sus críticos ni siquiera son capaces de entender el sentido del primer verso. ¿Sentimentaloides? Un texto puede ser tachado de esa manera cuando es excesivamente emocional y revela un estado de ánimo afectado y superficial. Nada de eso hay en el poema de Neruda, que expresa más bien una emoción convincente, auténtica, y nada artificiosa. ¿Cursi? Tampoco. Yo diría más bien: casi cursi. Pero ese es un atributo general de la poesía amorosa. Me explico. Soy un convencido de que los grandes poemas de amor siempre están haciendo equilibrios en la cuerda floja de lo cursi. Esa inminencia de lo que está a punto de llegar, pero no llega, es uno de sus atributos. La diferencia con los malos poemas de amor es que estos últimos no consiguen mantener el equilibrio y se precipitan sin más al vacío de la cursilería. Versos del “Poema 20” como «Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella». O: «Es tan corto el amor y es tan largo el olvido», son sin duda románticos, pero no necesariamente cursis.

Quizás uno de los factores que contribuyen a la recepción privilegiada que ha tenido este poema puede ser su esquema rítmico. O la fusión de ese esquema y el temple de ánimo expresado. O lo que dice, o lo que calla o lo que sugiere. O tal vez apela a algo subliminal que hay adentro de nosotros. Vaya uno a saber. En suma, seguimos en la oscuridad. Por más que los detectives literarios nos empeñemos en desentrañarlo, parece que el misterio del “Poema 20” no será resuelto jamás. Tanto mejor. Porque como dijo García Lorca: «Sólo el misterio nos hace vivir. Sólo el misterio». ♦

– Reproducido de *El Mercurio*, Santiago, 2011,
con permiso del autor.

* ÓSCAR HAHN (Iquique, Chile, 1938) ganó el Premio Iberoamericano de Poesía «Pablo Neruda», edición 2011.

Neruda, Miles y yo

MARIO VALDOVINOS

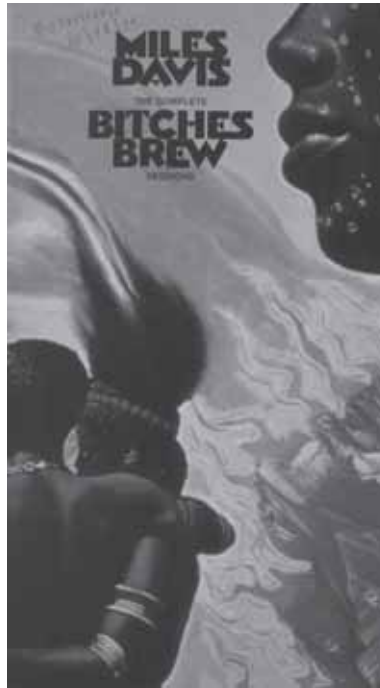


En 1997 escribí para *El Mercurio* un artículo de título “Retrato del artista en negro”, un perfil sobre el modo en que la biografía y la obra de Miles Davis se fusionaron y dieron lugar a una obra musical sin parangón, no sólo en la historia del jazz. Un estilo que ha hecho de puente entre lo clásico y lo popular. Y en 2007 una crónica, parte de un libro consagrado a ese género: “Miles, príncipe de la oscuridad”.

Por aquel tiempo tuve acceso a varias fuentes de información, como la *Autobiografía*, 1989, escrita en colaboración con el poeta negro Quincy Troupe, pero no a la biografía definitiva, de Ian Carr, de 1998.

Mas, en mi defensa, y por encima de todo, Miles recién había accedido a «Esa difícil costumbre de estar muerto», como dijo Cortázar de Clifford Brown, y sobre el cielo de su propuesta musical todavía no se aplicaba el imprescindible *zoom back* para evaluarla. Yo tampoco tenía, aún, la manía coleccionista de su torrencial discografía –ahora sí– ni su música era audición tenaz de las más diversas situaciones: cenas, horas de escritura y lectura, instantes íntimos, viajes en metro y en avión, para llenar y socavar momentos muertos.

He tenido presente, con tenacidad, las colaboraciones con su *casi hermano* –raro, porque era un blanco–, Gil Evans; el modo en que se abrió, en los años finales de una vida intermitente de *yonqui*, al rock y al sonido eléctrico; su manera de interpretar desde “Summertime” a “Round Midnight”, y “Time After Time” de Cindy Lauper, más diversas colaboraciones, partiendo por John Coltrane; después con Prince, Sly and the family Stone, Chick Corea, Herbie Hancock y John Mc Laughlin. El largo lustro, entre 1975 y 1980, en que puso pausa a su jazz y colgó la trompeta, para encerrarse en su



casa a beber, drogarse y divagar sobre la música, que ocurre siempre entre el tiempo y la nada.

Lo mismo la revisión de las imágenes de sus DVDs, desde conciertos registrados en tapes blanco y negro a grabaciones en el formato **Blu-ray** con un Miles que navegaba entre el inaugural bebop, el hard bop, el cool, el jazz modal, la grabación de su insoslayable *Kind of Blue* (1959), la audición áspera y escarpada –porque requiere demasiada concentración para un oído inexperto como el mío–, de *Birth of the Cool* (1950); la génesis de *In a Silent Way*, también de *The Complete Miles Davis at Montreux*, de *Miles Davis & John Coltrane* y *The Complete Bitches Brew Sessions*, comprados a precios culpógenos en Buenos Aires; adquiridos también en ciudades exóticas, como Estambul; o capitales clásicas, como Atenas; o kafkianas,

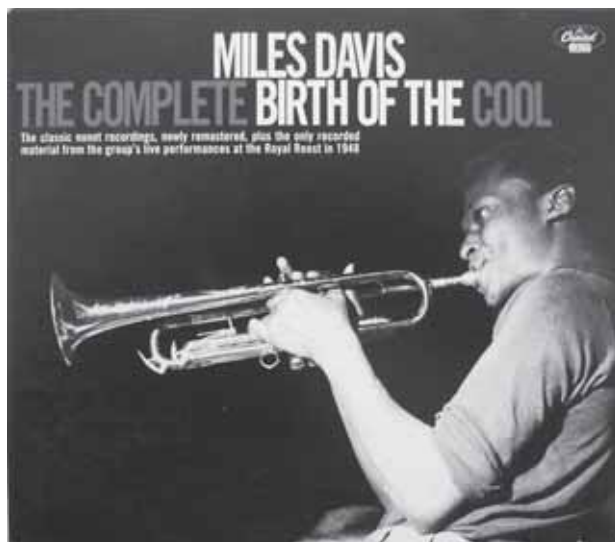
como Praga; o tiendas santiaguinas carísimas como la disquería *Kind of Blue*, de la calle Merced, y ferias persas en general diseminadas por los barrios capitalinos.

Evolucionaba su jazz y también el look de quien lo irradiaba. Miles, en sus inicios, con el conservador traje oscuro y corbata, y en el umbral del epílogo, con el músico virado a la fusión y a los sintetizadores, vestido con atuendos kitsch, peluca motuda, sin canas, y trajes anchos de lamé dorado, empuñaba como un florete su trompeta electrónica, fabricada para él, con su nombre grabado en el metal del afilado instrumento.

Tampoco lo pude ver en presentaciones personales y el tour latinoamericano, que preparaba meses antes de fallecer, incluía a Chile y me tenía juntando el dinero para acudir a una cita improbable, a realizar, tal vez, en el Estadio Víctor Jara.

No fue así, el pájaro negro emprendió antes el vuelo y en la taquilla del teatro, pensé una noche de insomnio, pusieron un letrero que decía: «Función cancelada, indefinidamente, por ausencia del trompetista». No pudo consumarse una cita en la oscuridad con Miles y su vieja magia negra.

La poesía de Neruda me llegó también por azar, un dios digno de reverencia, a los doce años, a través de una antología que me prestó la bibliotecaria de mi fiscal y masculino Liceo de San Miguel. Me refugiaba allí con frecuencia para neutralizar un rato la torpeza y agresividad de mis compañeros, de la que en otros momentos yo formaba parte. Atendía las nutridas estanterías la señorita Antonieta, cándida y atractiva. Ella puso sobre mi escritorio de lector una inmanejable antología de la editorial Nascimento y, tanto el formato, las fotos del libro y la mirada de quien me lo sugería, me hechizaron. Lo mismo la



tipografía y, por encima de todo, el tono solemne y envolvente de las palabras depositadas en él.

Leí sin tregua a partir de la salida de clases, a las 14 horas. Tomé un bus en la Gran Avenida hasta el Parque Forestal y allí, sentado en un escaño en medio de una tarde otoñal, leí, volé y devoré con mis ojos y mi imaginación de niño pobre los versos, los amores estudiantiles, el deseo, el otoño, la muerte, los viajes, la patria, la bitácora de un hombre fiel a cuanto desafío le impuso la vida. Toda percepción suya desembocaba en un libro, un testimonio escrito, bello e intenso, como lo pedía Mallarmé. Pero en su caso, siendo un apasionado poeta sudamericano, había dado, como Rimbaud y Cortázar, vuelta la fórmula y sus copiosas obras no sólo partían del mundo real y del rumor de la vida, también iban a desembocar en ellos y exploraban órbitas y geografías donde nadie había alcanzado.

Cuando ya era noche y bajo la ansiosa mirada de una pareja de enamorados, que aguardaba quizás su banco preferido, cerré la página final del libro. La adicción irredenta había comenzado.

Recordé este episodio, atribuyéndoselo a la protagonista de mi novela *Piojo* (2002) y se lo hice vivir a ella, una adolescente

víctima de la agresión de sus compañeros de curso y refugiada también en la biblioteca de su colegio.

Los registros expresivos de ambos artistas, separados por generaciones, países, lenguajes, géneros artísticos, materiales de trabajo y aún con diferencias culturales y étnicas entre ambos, apuntan a lugares interiores misteriosos. ¿Qué atmósferas desencadena en el oyente el desenfado en la interpretación de “So What”; ¿qué fibras estremece la tristeza disfrazada de “Some-day My Prince Will Come”; ¿es explicable, a lo menos racionalmente, el viento que desenredan de alguna parte de la conciencia del lector los versos de “Las furias y las penas”, “Tango del viudo” y “Alturas de Macchu Picchu”?

Todas estas interrogantes fueron, paso a paso, formando el perfil y la consistencia de mi biografía de lector y de auditor: palabras, sonidos: poemas, temas musicales, la obsesiva melancolía de dos virtuosos.

En cuanto a mi sombra, me habría encantado que me siguiera vestida de músico en un viaje para conocerlos a ambos. No ocurrió, pero al menos pude imaginar sus vuelos rasantes, que dejaron una persistente estela bajo un cielo implacablemente azul.

Cada vez que escucho a Miles Davis y leo a Pablo Neruda, me queda claro, o más

oscuro quizás, que la música de uno y la poesía del otro ocurren entre el tiempo y la nada. Puro azar.

Divinizado tal vez. ♦

Santiago, marzo 2011.



El desborde del río Cautín en 1939

ANA MARÍA ROMÁN

El río Cautín tiene sus historias de inundaciones en grande por estar ubicado en una región muy lluviosa y tener en su trayectoria mucha población. Bordea Temuco por la parte Este y Sur, corriendo sus caudalosas aguas naturalmente de la cordillera al mar. En Chile, como en otros países, las riberas de los ríos tienen un único propietario, que es el mismo río, sin embargo la gente con escasos recursos económicos no compra terrenos, sino que edifica allí, en las cercanías o en el valle mismo del río.

Cada veinte o treinta años el río Cautín se sale de su curso y origina grandes calamidades a estas personas que han construido sus casitas y plantaciones con la esperanza de obtener frutos, verduras y legumbres para ellos y hasta para los nietos. A los pobladores más modestos, generalmente campesinos que han emigrado a la ciudad, no les alcanzan sus escuálidas economías para comprar arbolitos y se limitan a tener su mediagua y una pesebrera anexa, habitualmente con un solo cerdo para entregarle sus propias sobras de comida. Lo engordan y lo venden para las Fiestas Patrias del 18 de septiembre, o bien para las Navidades para tener algo de dinero extra.

Neruda y sus familiares vivían casi al terminar la calle Matta, en Temuco, a una cuadra de distancia de mi amigo Raúl Buholzer, nacido en Los Laureles (Cautín) en 1929, ex profesor de matemáticas del Liceo de Temuco y de la Universidad Técnica del Estado en esa misma ciudad. Encarcelado y después constreñido al exilio en 1973, hoy reside en Dortmund, Alemania. La calle Matta de Temuco comenzaba en el Cerro Nielol y terminaba junto a una antigua ribera del río Cautín. Esta calle estaba pavimentada y no tenía mucho tráfico, era la pista ideal para el patinaje del pequeño Raúl, que en 1939 tenía 10 años y reinaba aplanando esa calle y jugando con los niños y niñas del barrio. Ahí lo conoció Neruda, quien en ese entonces tenía 34 años.

Veamos cómo fue aquello. Después de un enorme temporal en el que llovió ininterrumpi-

damente durante una semana, cuando amainó la lluvia y aparecieron al mismo tiempo los rayos del sol, Neruda salió de la casa de sus parientes en calle Matta (sus padres habían muerto el año anterior, 1938). Tomó la dirección hacia el río, preocupado por la amenaza siempre latente de una inundación que podía dejar miles de damnificados y muchos muertos. Al mismo tiempo Raúl con sus 10 años salía de su casa a patinar como desesperado, apenas apareció el sol, por esa calle Matta que terminaba a orillas de donde antiguamente pasaba el río. Hasta ese día había allí, en esa peligrosa zona de inundaciones, una población ribereña.

Una muralla de 1 metro y 20 centímetros de altura separaba la ciudad de la zona ribereña. Allí se afirmaron estupefactos los vecinos Pablo y Raúl. El río Cautín se había desbordado de lado a lado barriendo con todo. Encima de los maderos de las casas destruidas se paraban gallinas y todo tipo de aves de corral. Se veían nadando desesperadamente animales vacunos y por supuesto muchas casas que eran arrastradas río abajo, seguramente con algunas personas en su interior. Raúl me contó una situación espectacularmente trágica que marcó su memoria hasta hoy día:

«De repente pasó una casa de madera semi sumergida, sobre cuyo techo se veía a un campesino montado sobre la parte superior, o sea, en el caballete. La casa con el campesino iba velozmente en dirección al mar; en tan incómoda posición, el campesino aferraba fuertemente un cordel al que iba amarrado gruñendo un cerdo. Neruda vio esta tragedia y, como yo era su único interlocutor posible en ese momento, me comentó de inmediato que esa pobre gente y sus familiares afectados por tal catástrofe no tenían ningún tipo de ayuda para seguir subsistiendo, y que era urgente hacer algo. Yo lo escuché sin atreverme a decir nada. No tenía la menor idea de que quien conversaba conmigo en ese momento era ya un caballero muy importante, un poeta de mucho prestigio».

Veinte años después, en uno de sus viajes al Sur, Pablo Neruda pidió a Raúl Buholzer, su compañero de partido y profesor de matemáticas en el mismo liceo en que había estudiado de muchacho, que lo acompañara como otras veces a recorrer algunos lugares inolvidables. Esta vez, con el poeta venía también su biógrafa y amiga Margarita Aguirre. Raúl los

pasó a recoger al hotel en su automóvil para llevarlos, según la primera petición del poeta, al sector de la ciudad donde estaba la casa en que vivieron sus padres, don José del Carmen y doña Trinidad, y donde vivía aún una parte de su familia, primos y sobrinos nietos. Raúl evoca así aquella mañana:



Raúl Buholzer.

«Cuando llegamos con mi auto a la calle Matta, sin dar tiempo a Neruda para indicarme la dirección que debía tomar, no giré hacia el cerro Nielol sino hacia la parte terminal más próxima al río. Ahí bajamos los tres del auto y nos dirigimos al antiguo muro de contención.

«Neruda partió diciéndole a Margarita: *'En 1939 yo vi desde aquí una enorme inundación'* –y mientras la biógrafa tomaba nota yo agregué:– *'donde las casas las arrastraba el río y sobre el caballete de una de ellas iba un hombre sosteniendo un cerdo con un lazo'*. Neruda cogió el guante de los recuerdos, me miró con ojos de enorme sorpresa y con la boca entreabierta hasta que sacó la voz y dijo: –*'¡Entonces tú eras el patinador incansable de este barrio!'* – y yo: –*'Así es pues, nos conocemos desde cuando yo tenía 10 años'*–. Vino un gran abrazo palmoteado y Margarita nos miraba sonriendo sin entender por qué tanta emoción. Ella no sabía que habíamos compartido juntos el dolor impotente de ver a ese campesino que, arrastrado con su casa por la corriente, luchaba por su vida y por la de su cerdo, su único bien y su compañero en ese momento de desgracia y de extremo peligro. Quizás tuvieron la suerte de no contarse entre los tantos desaparecidos a raíz de aquel desastre».♦

Isla Negra 1987: un lugar de culto

ABRAHAM SANTIBÁÑEZ

Academia Chilena de la Lengua



Este texto del periodista y académico Abraham Santibáñez fue escrito hace un cuarto de siglo –en marzo de 1987– para la agencia informativa ALA, con sede en Londres, y se publicó entonces en varios diarios del continente. «Me pareció hermoso y conmovedor», recuerda Santibáñez, refiriéndose al culto levantado en torno a la residencia de Neruda.

En 1987, cuando era director de la revista Hoy, «me impresionó la cantidad de inscripciones en la verja de madera de la casa. Para mi generación, entonces de unos 50 años, la poesía de Neruda era la poesía de la adolescencia, de los largos atardeceres del otoño, los más hermosos versos de amor y la aguerrida poesía del Canto General.

«Pero era, sobre todo, más allá de las posturas políticas, un símbolo de esperanza: pese a la barbarie que estábamos sufriendo, sabíamos que iba a prevalecer el humanismo y el respeto a la dignidad de las personas».

Es un raro fenómeno: Chile, que no tiene ningún santo católico (el Papa consagrará la primera “beata” en su viaje en abril), ya llevó a los altares laicos a un dios del amor, rotundo como un Buda oriental que saltó todas las fronteras ideológicas pese a su persistente y nunca negada militancia comunista. El poeta Pablo Neruda, muerto hace trece años y medio en la vorágine de los dramáticos estremecimientos que siguieron al derrocamiento del Presidente socialista Salvador Allende, se ha convertido en el santo patrono de los enamorados... y también de los jóvenes militantes de la perseguida Izquierda chilena.

Durante este verano en el hemisferio austral, su casa en Isla Negra, una playa a orillas del Pacífico, volvió a convertirse en lugar de peregrinaje apasionado. Nada más hay en Isla Negra que atraiga a los turistas: la playa casi no existe, lo que hace peligroso el baño entre las rocas. El mar ruge entre acantilados, lo que aleja los navegantes. Sólo se mantienen dos tradiciones: la hostería de Santa Elena, punto de atracción para los *gourmets*, y la casa de Neruda... cerrada por disposición oficial.

Pese a ello, día a día, decenas de curiosos, algunos en vehículos con patentes

extranjeras (especialmente argentinas), otros en coches imponentes con distintivos diplomáticos, se arremolinan en torno a sus accesos, tratando de penetrar el lugar donde el poeta soñó sus mejores poemas y donde vivió una intensa historia de amor con Matilde Urrutia, su tercera, definitiva mujer.

Antes de partir, los visitantes suelen dejar su testimonio de admiración en la reja de madera rústica que rodea la casa: inscripciones en las que se reproducen versos del poeta, largas declaraciones de amor y, por supuesto, no pocas arengas políticas dirigidas contra el régimen del general Pinochet. Allí están desde siempre y nadie las borrará. Como la verja, pese a su longitud, se hizo insuficiente, algunos grupos políticos –jóvenes comunistas y socialistas, sobre todo– también escribieron consignas y desafíos en las pulidas rocas de color castaño claro junto al mar.

Hace un tiempo, cuando se estrenó la obra *Ardiente Paciencia* del autor Antonio Skármeta y en la cual se describe una historia de amor ambientada justamente en Isla Negra, los productores teatrales se dieron maña para llevar arena auténtica –parda y gruesa– hasta el escenario en

Santiago. Como la reja no se podía mover, la reprodujeron recreándola con fidelidad, incluyendo las inscripciones.

Neruda tenía una pasión burguesa por las casas, contrapesada por una insatisfecha y romántica vocación de arquitecto. Tuvo casa en Santiago –en la falda del cerro San Cristóbal–, en Valparaíso y también en Francia, donde sus enemigos políticos dijeron que se había comprado un castillo con el dinero del Premio Nobel. Pero no era tal y nunca pudo gozar de su propiedad: el cáncer, que lo venció en septiembre de 1973, lo obligó a renunciar en 1972 al cargo de embajador en Francia con el que lo distinguió el Presidente Salvador Allende. Regresó a Chile y se instaló en Isla Negra. De allí salió una semana antes de su muerte, en un penoso viaje en camilla hasta una clínica en Santiago donde murió.

La casa de Isla Negra era su refugio por excelencia. Más que ninguna de sus otras casas es la que mejor lo identificó y la que hasta ahora es la más conocida, dentro y fuera de Chile.

«Lugar de sueño»

Fue un caso desesperado de amor a primera vista. De vuelta de sus años como Cónsul en España, durante la Guerra Civil, Neruda buscaba un lugar donde dedicarse a escribir. Lo cuenta él mismo: «Encontré una casa de piedra frente al océano, en un lugar desconocido para todo el mundo, llamado Isla Negra».

Relato excesivamente escueto para lo que fue un estallido de pasión según su amigo, el escritor científico Arturo Aldunate Phillips, quien tuvo que ver con la adquisición de la casa. Escribió Aldunate:

«Neruda fue atraído por una modesta



Foto de Hilde Krassa.



Isla Negra. Foto de Manuel Solimano en Archivo de Fundación Pablo Neruda.

construcción formada por varias piezas, situada casi en el borde que mira al mar de un sitio semiabandonado que bajaba hasta la playa; situación que ofrecía magníficas perspectivas para hacer de él un lugar de sueño para un poeta enamorado del mar. De los árboles, de las piedras y roqueríos y, a veces, de la soledad».

Compró el sitio en 1939, con el proyecto del *Canto general* en la mente. Lo pagó –según Arturo Aldunate– con 30 mil pesos que le dieron de adelanto en una editorial por una antología poética, única manera de satisfacer la vehemencia del poeta que quería instalarse lo antes posible «allí entre las rocas», frente a «la magna espuma de Isla Negra», donde «la gran lluvia del sur» cae en invierno «como una sola gota transparente y pesada» y «el mar abre sus hojas frías y la recibe», mientras «la tierra aprende el húmedo destino de una copa».

En Isla Negra amó, vivió y se realizó: «En mi casa he reunido juguetes pequeños y grandes, sin los cuales no podría vivir. El niño que no juega no es niño, pero el hombre que no juega perdió para siempre al niño que vivía en él y que le hará mucha falta. He edificado mi casa también como un juguete y juego en ella de la mañana a la noche», escribió en sus *Memorias*. De allí salió candidato a senador en los años 40, candidatura triunfal que más tarde le valió un largo exilio en Europa, del cual volvió con la entonces misteriosa prota-

gonista de los *Versos del Capitán*: Matilde Urrutia, con quien sólo se pudo casar legalmente años más tarde, ahí mismo, en Isla Negra.

También estaba allí cuando fue fugaz candidato presidencial en la campaña de 1970, en representación del Partido Comunista en la lucha interna de la Izquierda que terminó con la candidatura definitiva del socialista Salvador Allende. Y ahí estaba cuando fue confirmado como embajador en París, paso que lo encaminaría al Premio Nobel de Literatura en 1971.

Peregrinaje de amor

Pero, sobre todo, Isla Negra es la historia de su amor por Matilde Urrutia.

«Tú y yo teníamos que simplemente amarnos/ con todos confundidos, con hombres y mujeres, / con la tierra que implanta y educa los claveles» (Soneto II); «Juntos tú y yo, amor mío, sellamos el silencio / mientras destruye el mar sus constantes estatuas / y derrumba sus torres de arrebató y blancura» (Soneto XX); «Así fue, así es, así será hasta cuando, / salvaje y dulce amor, bienamada Matilde, / el tiempo nos señale la flor final del día» (Soneto XXIII).

Hoy la casa está cerrada por orden judicial. No se cumplió todavía el deseo del poeta de ser enterrado allí, frente al mar. Tampoco el de Matilde, muerta a comienzos de 1985, y que anhelaba reposar a su

lado¹. La casa no ha podido ser habilitada como Museo porque el poeta, alguna vez, la donó al Partido Comunista y después de 1973, como todas las propiedades de los partidos políticos chilenos, fue incautada por el Estado y actualmente está bajo la administración de una dependencia oficial llamada “bienes nacionales”.

Pero nada de ello parece importar a los peregrinos. Día a día, año a año, como romeros, van hasta la orilla del mar y recuerdan, en tono reverente, al poeta y a su poesía. Algunos, también sus ideas políticas. ♦

–Marzo de 1987.

NOTA:

¹ Finalmente, el 11 de diciembre de 1992, los restos de Neruda y Matilde Urrutia fueron exhumados y llevados para un velatorio ceremonial en el Salón de Honor del ex Congreso Nacional. Al día siguiente se da cumplimiento al deseo del poeta: que su cuerpo fuese enterrado en la casa de Isla Negra. (*Nota del Autor*.)



Neruda, el fascismo y la invencible poesía

FERNANDO BARRAZA

Periodista

La anécdota nunca ha sido comprobada, pero es veraz y rotunda. Tras el golpe militar del fatídico martes 11 de septiembre de 1973, Pablo Neruda, enfermo y recluso en Isla Negra, intentaba vanamente obtener información de lo que sucedía, más allá de los bandos militares y de la terrible noticia de la muerte del presidente Allende.

Ya el jueves 14, uniformados tomaban posiciones en la playa, a los pies de su casa, y un helicóptero revoloteaba impaciente. Hasta que, poco antes del mediodía, un grupo ingresó en sus aposentos, al mando de un joven teniente, dispuesto a allanar y revisar la vivienda del poeta, acordando con Matilde posponer para el final el dormitorio, donde Neruda reposaba en la cama matrimonial.

Entonces sucedió el siguiente diálogo: «Revise bien, en esta casa hay algo muy peligroso para ustedes», dijo el poeta. El oficial reaccionó alarmado: «¿A qué se refiere?» Y Neruda: «A la poesía».

Bien sabía Neruda que el fascismo y la poesía son incompatibles. Había sido testigo de la Guerra Civil española, «venid a ver la sangre por las calles!», y supo acojonado del atroz martirio de Federico García Lorca en Granada, así como del asesinato lento, de prisión en prisión, de su amigo Miguel Hernández. Y supo también de cómo Miguel de Unamuno desafió al general Millán Astray y a las hordas franquistas con su discurso en el Aula Magna de la Universidad de Salamanca, que le pudo costar la vida, provocando al lisiado militar fascista, allí presente, a vomitar su furia al grito de «¡Muera la inteligencia, viva la muerte!». Era otra versión de las palabras atribuidas a Goering, lugarteniente de Hitler: «Cuando escucho la palabra



Isla Negra, 1986. Foto de Hilde Krassa en Archivo de Fundación Pablo Neruda.

cultura, echo mano a la pistola y la pongo sobre la mesa...»

El mismo Neruda, 27 años antes, entonces senador de la República, había sido perseguido por sus ideas políticas. El presidente González Videla, traicionando sus públicos y reiterados juramentos electorales y alineándose con el Pentágono al declarar la Guerra Fría, inventó la llamada Ley de Defensa de la Democracia —que el pueblo rebautizó la Ley Maldita— y abrió el campo de concentración de Pisagua, donde hizo sus primeras armas golpistas el joven oficial Augusto Pinochet Ugarte... El también joven poeta escribió entonces:

*Patria de mi ternura y mis dolores,
patria de amor, de primavera y agua,
hoy sangran tus banderas tricolores
sobre las alambradas de Pisagua.*

Ahora Chile se teñía de sangre y barbarie. A esas mismas horas, emulando a

los pilotos que habían vomitado fuego sobre La Moneda asesinando de hecho al Presidente Salvador Allende, los militares quemaban libros en las calles, atizando el fuego con sus bayonetas, y destruían un mural de Roberto Matta, en La Granja, mientras los marinos torturaban a bordo de *La Esmeralda* y otros esbirros, en el estadio Chile, mataban a golpes a Víctor Jara, que clamaba:

*¡Canto que mal me sales
cuando tengo que cantar espanto!
¡Espanto como el que vivo,
y como el que muero, espanto!*

El propio Neruda, trasladado de urgencia a Santiago, en ambulancia, horas después del allanamiento, moría en la Clínica Santa María, el domingo 23 de septiembre. Matilde Urrutia decidió velarlo en La Chascona, su casa de Santiago, en el faldeo del cerro San Cristóbal, que la noche anterior había sido saqueada y humillada por grupos fascistas. Tras el dramático funeral del 25 de septiembre, que a dos semanas del golpe fue de hecho la primera manifestación contra la dictadura, lo entierran en un nicho semiclandestino, pintado de verde, en el patio México del Cementerio General, pensando que, junto con censurar sus libros y clausurar su casa en Isla Negra, lo condenan al olvido.

El cantor y el canto

Pero los fascistas siempre olvidan que las pistolas no pueden con la cultura, ni las llamas con la poesía, ni el asesinato con las ideas, ni la muerte con la vida. La historia se ha repetido tantas veces, que la sabiduría popular lo tiene registrado, lúcida y bellamente: «Podrán matar al cantor, / pero no matar el canto...»

Entre nosotros no fue diferente y no tardó muchos años. Todo sucedió espontáneamente: una madrugada, después del toque de queda, camino a la fábrica, un joven obrero, sin proponérselo, casi sin darse cuenta, empezó a silbar suavemente los compases de “Luchín” o de “Te recuerdo, Amanda”. Víctor Jara había vencido la muerte y la censura.

En Isla Negra, mientras las olas del Pacífico, las mismas que Neruda amaba, siguen reventando contra las rocas, la casa del poeta está clausurada, cerrada con candados y cadenas de olvido. Pero miles de jóvenes visitan el lugar y contemplan en silencio la casa, evocando a los fantasmas que no la abandonan.

Un día, un muchacho que ha venido de lejos, casi sin pensarlo, saca su cortaplumas e inscribe un corazón, con el nombre de su amada, en uno de los maderos del cierre que circunda la casa de Neruda. El ejemplo se multiplica mil veces y se extiende como un reguero de pólvora. Otros escriben sobre las rocas de la playa, trazan dibujos en los árboles: «Pablo, te amo», «Nunca podrán contigo, estás en el corazón de la patria», «La noche no perdurará, venceremos», «Diccionario del año 3.000: Pablo Neruda, gran poeta universal, que vivió hace muchos siglos, en tiempos de un tiranuelo llamado Pinochet» ...

Las autoridades de la dictadura se inquietan y pintan los maderos y las rocas, para que los turistas, que igual vienen a ver la casa de Neruda aunque esté cerrada, no vean los grafitis. Pero todo es en vano, más se demoran los policías en extender la pintura que miles de manos juveniles en volver a dejar sus inscripciones, en homenaje al poeta.

Una vez más, como siempre ha sido y como volverá a ocurrir, cada vez que se repita la historia, el fascismo ha perdido la batalla: han asesinado al cantor, pero no pudieron con el canto, que sigue libre y enhiesto, preñado de esperanza, en los silbidos de un obrero que va a la fábrica o en los grafitis de una muchacha enamorada.

La poesía es inmortal e invencible, como lo pronosticó en vida el propio Neruda, mucho antes de la tragedia de 1973:

*Pero porque pido silencio,
no crean que voy a morirme:
me pasa todo lo contrario:
sucede que voy a vivirme.*

Sucede que soy y que sigo.

*Se trata de que tanto he vivido
que quiero vivir otro tanto. ♦*



Foto Archivo de Fundación Pablo Neruda.



El cartero de Neruda

NEVALIS QUINTANA

Poeta, La Habana

*Si el flautista de Hamelín partiera con todos nuestros hijos
¿comprenderíamos que se nos va el futuro?*

– Silvio Rodríguez

MARIO: «Usted cree, don Pablo, que el mundo, quiero decir
todo el mundo, con el viento, los mares, los árboles,
las montañas, los animales, los desiertos, las lluvias,
las etcéteras. ¿Usted cree que el mundo es metáfora de algo?»

– Antonio Skármeta, *Ardiente paciencia*



Isla Negra. Foto Archivo de Fundación Pablo Neruda.

*El cartero está llamando a la Puerta del Mar,
en cuyo lecho dormita el Poeta.
Isla Negra amanece en el duelo de las piedras y las olas.
«Aquí en la Isla
el mar
y cuánto mar,
se sale de sí mismo
a cada rato».
El joven cartero expira hechizado ante la dama Poesía.
Le dicen: «¡Es Neruda, el poeta amado por el pueblo!»
Responde: – «¡Por el pueblo, pero también por las mujeres!»
El Poeta, sacerdote del verso, pregunta: «¿Cómo se llama?»
Él, tímidamente contesta: «Beatriz...»
La madre acaricia el temblor de los suspiros de la muchacha
herida:
«Estás húmeda como una planta».
Nunca Edith Piaf besó tanto a Los Beatles.
Como sirenas, los pescadores capturan en sus redes
la metáfora oculta de los mascarones inertes.*

*La proa surca los océanos de alegrías y tristezas;
juntas exclaman: ¡Unidad Popular!
Salvador y Pablo, Pablo y Salvador
son los santos pecadores
de este infierno laberíntico que es Chile.
La sombra oscura levanta su copa:
«¡Que venga, que venga la cueca,
que venga asesinando a balazos a la desnuda Poesía!»
¡Huevones, nunca sintieron el dolor
de sus pechos ensangrentados!
Neruda camina lento sobre el reino de Tritón.
«Yo vuelvo al mar envuelto por el cielo.
El silencio entre una y otra ola
establece un suspenso peligroso».
Isla Negra ya no es Isla Negra:
es sólo un escenario donde los actores
esculpen en rocas la Poesía.
Allí regresa, una y otra vez el cartero
en busca del Poeta, a la Puerta del Mar.*

Hace 90 años Neruda llegó a Santiago

Pablo Neruda en 1921: poeta, pobretón, provinciano, llegando a los 17 años a la capital de Chile desde su austral Temuco, aún con el barro sureño en los zapatos, logra hacerse notar desde sus primeros meses en la capital, se llena de amigos y aprende de ellos y con ellos —en un entorno universitario y bohemio— la manera de sobrevivir con poco dinero y largas, largas horas de charlas y discusiones.

A pocos meses de haber llegado a Santiago, deviene colaborador permanente de la revista universitaria *Claridad*. Esto ayuda a afianzar y a establecer su nombre de pluma, dejando atrás el nombre civil de Ricardo Neftalí Reyes con que forzosamente debió matricularse en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Bajo la firma de Pablo Neruda empiezan a aparecer en *Claridad* varios textos en prosa, el primero de los cuales, titulado «Sexo» (julio 1921), se publica precedido por una nota significativa: «Publicamos este artículo porque refleja un estado de ánimo fatal en todos los jóvenes y porque encierra una manifestación de protesta contra la moral cristiana...». En efecto, el artículo trae cosas que en esos años nadie se atrevía en Chile a poner en letras de molde:

«Es fuerte. Y joven. La llamarada ardiente del sexo corre por sus arterias en sacudimientos eléctricos. El goce ya ha sido descubierto y lo atrae como la cosa más simple y maravillosa que le hubieran mostrado. Antes le enseñaron a esconder la inmundicia del bajo vientre y su frente de niño se arrugó en una interrogación inconsciente. Después el primer amigo le reveló el secreto. Y el placer solitario fue corrompiendo la pureza del alma y abriéndole goces desconocidos hasta entonces.

«Pero ya pasó el tiempo aquel.

«Ahora, fuerte y joven, busca un objeto en quien vaciar su copa de salud. Es el animal que busca sencillamente una salida a su potencia natural. Es un animal macho y la vida debe darle la hembra en quien se complete, aumentándose».



Otros artículos, como «Agencias» y «Empleado», ponen el acento en los problemas de la gente pobre, problemas que conoce muy bien y sobre los cuales no teme escribir.

Esto es lo exterior, el rastro escrito que va quedando de sus huellas al caminar. Quedan ocultas las horas largas de cavilaciones, las muchas lecturas, el tedio de las clases, la eterna pobreza, las privaciones. Pero a todas las miserias se sobrepone la porfiada búsqueda de amor y plenitud, y cuando se avecina una nueva primavera, el joven poeta consigue con «La Canción de la Fiesta» su primer gran triunfo en Santiago.

El tiempo se encarga de apaciguar a los impacientes. El joven Neruda advierte que muchos de sus tempranos poemas son algo pueriles y escribe, en su reemplazo, otros nuevos que comienzan a dar forma al libro soñado, que ya no se titulará «Helios» ni «Los cansancios inútiles», sino que será una colección de crepúsculos, esto es, un *Crepusculario*. Ese libro deberá esperar hasta 1923.

Pero lo destacable es que en 1921, a los 17 años, Neruda había conquistado ya un espacio en la literatura chilena. ♦

—Edmundo Olivares
ensayista





Faiz Ahmad Faiz (1911-1984), cuyo país de origen es Pakistán, fue uno de los poetas más importantes del subcontinente indio durante el siglo XX. Propuesto cuatro veces para el premio Nobel de Literatura, fue a menudo comparado con su amigo Pablo Neruda. Desde 1941, fecha de aparición de su primer libro, su poesía, que combina la dicción indo-persa clásica y elegante con el sentimiento y la sensibilidad moderna, goza de gran celebridad y sobrevive a la prueba del tiempo. Usando las formas antiguas de la poesía para transmitir su mensaje de humanismo sin hacer referencia a la casta, color o credo, Faiz revolucionó su forma clásica dándole una poderosa resonancia socio-política, manteniendo una belleza única que se nutre de la larga y rica tradición de la literatura urdu. Sus poemas de amor son tan atractivos como sus poemas políticos.

De multifacética personalidad, Faiz llegó a convertirse en un activista de los derechos humanos y las libertades. Fue sindicalista, famoso periodista, editor de revistas literarias y escritor de canciones. Sufrió prisión y exilio en varias ocasiones durante los tiempos coloniales y poscoloniales en Pakistán. Durante largos años se le negó acceso a los medios de comunicación de su país. Faiz Ahmad Faiz fue, en 1962, el primer poeta de Asia galardonado con el Premio Lenin de la Paz. Ese mismo año dicho premio le fue también otorgado a la educadora chilena Olga Poblete. Y, por segunda vez, a Pablo Picasso. ♦



Pablo Neruda con Faiz Ahmad Faiz. Congreso Mundial por el Desarme y la Paz, en julio de 1962. 2.800 delegados y 239 huéspedes de 121 países, entre ellos 110 escritores, se dieron cita en este Congreso. A su término: estadia en Sochi, balneario del Mar Negro.



Madrid, mayo 2011: Neruda vive

Las fotos fueron tomadas por Laura Hatry, joven estudiante alemana, el pasado 22 de mayo en la Puerta del Sol de Madrid con motivo de un movimiento que tras recibir múltiples y diversos nombres –*spanishrevolution, acampadasol, yeswecamp...*– terminó por bautizarse como *Movimiento 15M*, expresión del descontento de un puñado de jóvenes por el bipartidismo español que ha logrado hacer de las elecciones un puro trámite muy alejado de la tan proclamada democracia participativa.

Difundidas por las redes sociales (*facebook, twitter* y similares), las pancartas se convirtieron en el mejor medio reivindicativo y los jóvenes compitieron en atraer miradas por lo original o sarcástico de su lema. El muchacho de la foto exhibe su pancarta entre el ayuntamiento, el kilómetro cero y la estatua ecuestre de Carlos III que preside la Puerta del Sol. Su lema, aunque sobra decirlo, es una ingeniosa adaptación del archiconocido primer verso del poema 15, «Me gustas cuando callas porque estás como ausente», y demuestra que entre los jóvenes españoles Neruda está vivo. Cabe esperar que también lo esté entre los jóvenes chilenos. ♦

Celebración del Día E: «Querétaro», la palabra más hermosa del español

Querétaro, nombre de una ciudad de México y que significa «*isla de las salamandras azules*», es la palabra más hermosa del español, según los más de 33.000 votantes que han participado en la **celebración del Día del Español**, que la directora del Instituto Cervantes, Carmen Caffarel, inauguró el sábado 18.06.2011 en Madrid. El **Día E** es la fiesta de los más de 500 millones de personas que hablan el español en los cinco continentes, y que desde hace tres años impulsa el Cervantes en sus 78 centros de todo el mundo. Tras la ceremonia, la calle se

vistió de fiesta y el cielo de Madrid se llenó de globos con palabras como *libertad, sillón, amor, alféizar, felicidad, baile*, y así hasta un largo etcétera.

Los internautas que participaron en la votación organizada por el Cervantes para elegir la palabra más hermosa del español (entre las propuestas por un grupo de personalidades de habla hispana) se han decantado por *Querétaro*, que había sido elegida por el actor mexicano Gael García-Bernal. La palabra *Querétaro* no falta por cierto en la obra de Neruda. Dos ejemplos:

*En la dulzura chibcha el oro
sale de opacos oratorios
lentamente hacia los guerreros,
se convierte en rojos estambres,
en corazones laminados,
en fosforescencia terrestre,
en dentadura fabulosa.
Yo duermo entonces con el sueño
de una semilla, de una larva,
y las escalas de **Querétaro** bajo contigo.*

– “Minerales”, *Canto general*, I, v, en *OC*, I, 427

*Yo visité los muros de **Querétaro**,
toqué cada peñasco en la colina,
la lejanía, cicatriz y cráter,
los cactus de ramales espinosos:
nadie persiste allí, se fue el fantasma,
nadie quedó dormido en la dureza:
sólo existen la luz, los agujones
del matorral, y una presencia pura:
Juárez, tu paz de noche justiciera,
definitiva, férrea y estrellada. ♦*

– “Viaje por la noche de Juárez”,
Canto general, IV, xxxiii, en *OC*, I, 532.

Skármeta y Neruda

(fragmento de una entrevista)

– ¿Cómo conoció a Neruda?

– Publiqué mi primer libro (*El entusiasmo*) cuando yo era flaco, tenía pelo y era joven. Fui a casa de Neruda y le pedí que me diera una opinión. Me recibió en Isla Negra y me dijo: “Muchacho, lo leeré, vuelve en dos meses”. Dos semanas más tarde volví y me dijo: “Es un buen libro”. Yo me emocioné y tuve que poner un pie encima del otro para no comenzar a levitar. Pero, de pronto, todo se vino abajo cuando agregó: “Eso no quiere decir absolutamente nada, porque todos los primeros libros de escritores chilenos son buenos. Esperemos al segundo”.

– ¿Cómo fue su relación con él?

– Muy simpática porque no tuve nunca con él una actitud de quemarle incienso. Yo era un impertinente no agresivo y creo que al poeta, que estaba rodeado de aduladores, le gustaba conversar conmigo sobre cosas intrascendentes. Gozaba oyendo sobre líos sentimentales, quién andaba con quién y las rivalidades que había entre los poetas. Sobre todos esos chismes hacíamos juegos de palabras y bromas y se convirtió en un ser entrañable para mí.

– ¿Es cierto que usted se valió de poemas amorosos de Neruda para perder la virginidad con su primera novia?

– ¡Las cosas que sabe de mí! Bueno, cuando yo tenía 14 años y me enamoraba día de por medio, me ponía tembloroso y me cocinaba en un silencio inapelable. No sabía qué hacer hasta que encontré un libro de sus poesías, que tenía imágenes estimulantes y muy apropiadas para lo que yo necesitaba. Un día hice el ensayo y le recité, directo al lóbulo, uno de estos poemas a la novia de turno y vi que el efecto fue mortífero. A partir de ahí, mi carrera sentimental fue imparable, tanto que me propuse pagarle esa encantadora deuda a Neruda, y por eso al cabo de los tiempos escribí *Ardiente Paciencia*, que después pasó a ser *El Cartero de Neruda*. ♦

–Margarita Vidal

El País, Madrid, mayo 22, 2011



Epistolario

Pablo Neruda-Claudio Véliz*

PEDRO PABLO GUERRERO

Periodista

Lleva tanto tiempo fuera de Chile –vive desde 1972 en Australia– que algunos lo dan por muerto, admite Claudio Véliz con un sentido del humor tan firme como su postura erguida y su rapidez mental, que no delatan sus viajados 80 años. Muerto, pero de risa, se acuerda de la vez en que tuvo que aclararle a una persona que él no era hijo del fundador del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, sino el propio Véliz: doctor en historia económica en la London School of Economics and Political Science, Universidad de Londres; investigador en The Royal Institute of International Affairs (1962-1966), y ex catedrático de la Universidad de Boston y de la Universidad de La Trobe, en Melbourne, Australia.

Véliz se alegra de que su enésima visita a Chile (mayo 2011) coincida con la publicación de su ensayo *Los dos mundos del Nuevo Mundo* (Tajamar) y del epistolario *Pablo Neruda-Claudio Véliz / Correspondencia en el camino al Premio Nobel, 1963-1970*, editado por el diplomático e investigador nerudiano Abraham Quezada, bajo el sello editorial DIBAM del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Véliz y Neruda se conocieron durante la carrera presidencial de 1958. El poeta hacía campaña por Allende y Véliz era amigo personal del candidato. «Nunca he sido miembro de partidos políticos, con Allende éramos amigos de familia», aclara Véliz.

El historiador y el poeta ‘engancharon’ de inmediato a partir de la bibliofilia común y el gusto por la literatura inglesa, adquirido, en el caso de Neruda, durante su estadía en el sudeste de Asia. Esta afinidad electiva derivó en amistad al descubrir que sus casas de veraneo estaban muy cerca: Neruda en Isla Negra y Véliz en El Quisco. Se sucedieron visitas, fiestas y conversaciones interminables junto al enjambre de amigos del poeta. Pero la relación debió proseguir forzosamente a través de cartas cuando Véliz regresó a

Inglaterra junto a su pareja de entonces. Por diez años, mantuvieron un permanente intercambio epistolar: saludos, añoranzas, uno que otro comentario político y, sobre todo, encargos de libros raros y antigüedades que fascinaban, como si fueran juguetes, al Neruda coleccionista.

«Yo tenía, y tengo, tal admiración, respeto y afecto por Pablo, que cada pedido de él, lejos de abrumarme, era una invitación honorífica. Era un gran privilegio para mí poder ayudar en cualquier cosa a Pablo, uno de los grandes intelectos de este país», dice Véliz.

Desde esta relación cimentada en la anglofilia cultural se gestó uno de los pasos fundamentales de Neruda en su carrera al Premio Nobel. Gracias a sus contactos en el mundo académico inglés (Robert Pring-Mill, Raymond Carr) y amistades influyentes (Douglas Cochrane), Claudio Véliz allanó las dificultades para que el poeta chileno pudiera entrar a Inglaterra, venciendo las reticencias del Foreign Office, y así recibir un doctorado honoris causa en la Universidad de Oxford.

Distinguido en 1965, junto a la poeta rusa Anna Ajmátova y al ex Primer Ministro inglés Harold Macmillan, Pablo Neruda fue el primer escritor hispanoamericano en obtener el reconocimiento que, en 1971, le sería otorgado a Jorge Luis Borges.

No fue fácil rastrear la correspondencia entre Neruda y Véliz. Una parte se perdió durante la toma del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, en 1972. Otra, en el incendio que azotó el sur de Australia en 1983. Pero finalmente el especialista nerudiano Abraham Quezada dio con 61 cartas, rigurosamente inéditas: 43 de ellas enviadas por el poeta, entre los años 1963 y 1970 (aunque Véliz recuerda que, en Australia, recibió misivas de Neruda hasta 1973).

Mientras estudiaba en Nueva York las misivas intercambiadas entre el poeta y Jorge



Edwards (epistolario publicado por Alfaguara en 2007), Quezada dio con la hebra que lo llevaría hasta el archivo de cartas conservadas por Véliz: su nombre aparecía una y otra vez, a pesar de que no se mencionaba ni en las memorias del poeta (*Confieso que he vivido*) ni en sus *Obras completas*.

El nuevo epistolario no sólo contribuye a hacer justicia a Véliz, también ilumina, desde un nuevo ángulo, la figura del poeta. «Una de las tesis que articula mis investigaciones nerudianas es que la forma más pura de autobiografía es la correspondencia personal –afirma Quezada–. Allí el autor vuelca el tesoro de su intimidad y, en el caso de Neruda, éste ‘derrama su amistad como sus versos’. Por otra parte, un autor es la totalidad de su lenguaje, de ahí que este género menor adquiere trascendencia y relevancia, y resulta esencial para explicar el canon mayor y al verdadero Neruda». Fiel a este principio, el investigador nerudiano trabaja en un nuevo epistolario, «sustantivo y decidor», acerca de las vivencias del poeta, desde fines de los años 50, hasta su muerte. Quezada tiene correspondencia inédita del autor con Nancy Cunard, Victoria Ocampo y Miguel Ángel Asturias. ♦

* Extractado de *El Mercurio*,
Santiago, domingo 08.05.2011

Sorpresas de un investigador

GUNTHER CASTANEDO PFEIFFER
Santander, España

EL *PERSONARIO* DE GUNTHER. En febrero 2011 apareció en las librerías españolas el primer volumen del *Personario / Los nombres de Neruda* (Logroño–La Rioja, Editorial Siníndice, 2011, pp. 353), dedicado sólo a nombres que comienzan con la letra «A». Castanedo ha puesto en marcha, con este volumen, un proyecto científico de tan titánica magnitud que es difícil de imaginar porque supone una descomunal base de datos e informaciones. Es significativo que un proyecto de esta envergadura nazca fuera de Chile, país donde abundan los homenajes mediáticos y oficiales cuya efímera pomposidad de relumbrón suele estar en inversa proporción a su importancia sustancial y duradera (pero donde reina también, conforta afirmarlo, la sincera adhesión y valoración de una gran mayoría de anónimos, modestos y fieles lectores chilenos). Un trabajo de este tipo se comenta por sí solo. Ofrece información fidedigna sobre personajes de cuya relación con Neruda hemos ya sentido hablar, por ejemplo las entradas (en cursiva las más extensas) *Adoum*, Aguayo, Aguirre (*Margarita*, Sócrates, don Pedro, Santiago), Albert (*Tótila*, *Alberti*, Aldunate Phillips, Alegría (Ciro, Fernando), *Aleixandre*, Alessandri, Allende (*Salvador*, Isabel), *Alone*, Alonso (*Amado*, Dámaso), *Altolaquirre*, *Amado*, Amster, Antúnez (*Nemesio*), *Aragon*, *Aráoz Alfaro*, Arce (*Homero*), Arendt, Arrué (*Laura*), Asturias, Auth (Flor, Pepe), Axelsson, Azócar (*Albertina*, *Rubén*). Otras entradas serán novedosas, marginales o inesperadas para los más, figuras menores o que tuvieron con Neruda una relación marginal, casual o indirecta, por ejemplo: Aguayo Tolrá (Emelina), Alfani, Alicata, Alifano, Aligher, Alviso, Arellano Marín. También aparecen nombres de personajes históricos como Adenauer, Aguirre (Lope de), Alberdi, Alvarado (Pedro de), Arbenz, o artístico-literarios como Abreu Gómez, Agustini, Aleijandinho, Alemany Bay, Amadís de Gaula, Ambler, Amiel, Apollinaire, Arciniegas, Arenas, Argensola, Auden, Azuela. Y nombres de países más o menos explorados en relación a Neruda: Albania, Alemania, Arabia, Argelia, Argentina.

El libro adolece de algunos desequilibrios de proporción en cuanto al excesivo espacio que concede a ciertos personajes o figuras, o por inflación de detalles o citas, en suma, un problema de jerarquización no siempre bien resuelto. Pero, se sabe, lo que abunda no daña y en cambio basta el elenco citado para imaginar la extraordinaria utilidad del volumen y la dimensión de la proeza emprendida por Castanedo. Su *work in progress* crecerá en calidad y ajustará la mira haciendo camino. Incluso por necesaria economía de tiempo, porque ¿cuántos años tendrá que esperar el curioso e impaciente lector las entradas relativas, por ejemplo, a Tomás Lago, Maruca, Teresa León, Luis Enrique Délano, Ehrenburg, Morla Lynch, Malva Marina, Norah Lange, Sara de Ibáñez, González Tuñón, Stalin, Nicanor Parra, los dos Guillén, o a personajes menos conocidos en sus vínculos con Neruda, como Muñoz Meany de Guatemala, Tallone de Alpignano, o Robert Desnos de París? Esta pregunta es obviamente retórica (e irracional, además de ser injusta con Castanedo), y quiere sólo dar una idea, por si hiciera falta, de cuánto es portentosa la tarea que ha asumido el autor. Y, sobre todo, subrayar que la gigantesca ambición de estos trabajos de Hércules que serán los tomos del *Personario* implica tratar a Neruda al nivel que se merece: el de ser uno de los cuatro o cinco mayores clásicos vivos del siglo XX mundial. Desde García Lorca en 1934-35, Concha Meléndez en 1936 y Amado Alonso en 1940, han sido los extranjeros (Pring-Mill, Sicard, Marcenac, Éluard, Aragon, Ehrenburg, Cortázar, Rodríguez Monegal, René de Costa, Morelli, Puccini, Bellini, Losada, Felstiner, María Zambrano, Rovira, Selena Millares, incluso Octavio Paz que fue quien incitó y convenció a Galaxia Gutenberg, en Barcelona, a editar las nuevas *Obras Completas* de su «más querido enemigo») los que han advertido, estudiado y señalado como evidentes la grandeza y la universalidad de Neruda. Ahora llega Gunther Castanedo con el mismo mensaje de fondo. ♦

—Hernán Loyola



El trabajo del *Personario* es para mí muy divertido, en ocasiones casi una investigación policial. Las herramientas informáticas me han sido, por supuesto, de gran ayuda. Si quiero sacar algunos datos sobre el trabajo, la vida de Alberti, de Allende, de Aleixandre, encuentro en cualquier diccionario, enciclopedia, más de lo que necesita mi obra. Pero a veces lo que tengo que averiguar es la referencia a un nombre singular. Hace pocas semanas, trabajando sobre personajes de la letra B, topé con el artículo “Libros y monumentos” (*Ercilla* n° 1810 del 25.02.1970) en el que Pablo Neruda, refiriéndose a ediciones de sus libros, escribió: «Y en Madrid 350 ejemplares de Sumario, en editorial AHR, libro de regalo que el magnífico señor Félix Brunatto ha impreso para su placer personal» (*OC*, V, 272). OK, pero ¿quién es Félix Brunatto? No es un personaje de la literatura, ni de la pintura, ni de las artes. Tampoco es un político.

Hago una búsqueda en Google. Tecleo Félix Brunatto y me aparecen unas cuantas referencias a la cadena de tiendas Cioccolatos (obvia adaptación del it. cioccolata, chocolate). De entrada pienso: esto no tiene sentido, no se trata de la misma persona. Pero algo llama mi atención: la cadena chocolatera es chilena. Entro en la página principal. Encuentro direcciones de tiendas en Santiago, Valparaíso, Concepción y otras ciudades de Chile, teléfonos, productos. Busco información sobre la persona fundadora. Nada: es una página empresarial. Pincho dentro de la página una entrada a conmemoraciones y ¡oh, sorpresa! descubro que hay una caja de

bombones Pablo Neruda, creada en 2004 para la conmemoración del centenario del poeta, y que contiene 42 bombones, rellenos al ganache con sabores herbáticos chilenos: Lúcumo, Limón de Pica, Arándano, Frutilla chilena, Brisa Andina, Amor en Capullo, Zarzaparrilla, Limón de Pica, todos cubiertos con cacao. El diseño de la caja se debe a Aviva Zawiki, pintora chilena, e incluye la reproducción del poema “Nacimiento”, tomado de *Sumario. Libro donde nace la lluvia* (1963).

Sobra añadir que un friki como yo pidió un par de cajas. A la semana me llegaron y figúrense mi sorpresa cuando al abrirla encuentro, aparte los bombones muy sabrosos, un díptico con 4 páginas llenas de material igualmente apetitoso para mi curiosidad investigadora.

La primera página reproduce el prólogo de Neruda, escrito en Valparaíso 1962, a la edición italiana de *Sumario. Libro donde nace la lluvia* impresa a mano por Alberto Tallone (Alpignano, 1963). La segunda página trae un texto de Brunatto, titulado “Félix a Pablo”. (Las páginas tercera y cuarta traducen al inglés los dos textos mencionados.)

Mi sorpresa alcanzó su cúspide al leer a Brunatto declarando que en 1969 había editado *Sumario* en tres ejemplares (ignoro por qué Neruda escribió 350). Podría ser una errata tipográfica, pero Brunatto es muy preciso: «Uno se lo regaló a Pablo, otro al impresor Alfredo Herreros y el tercero lo conservé con una dedicatoria del Poeta que dice textual: A Félix Brunatto que ha producido este regalo regalándome una alegría’. Pablo Neruda». El texto de Brunatto prosigue con este mensaje celebratorio:

Querido Pablo:

Quisiera que al final de esta obra volvieras a escribir lo mismo. Con esa esperanza he creado todo esto. Me senté con Aviva Jawicki, nuestra brillante pintora chilena, y fui describiéndole minuto a minuto cómo te gustaría que te recordaran según mi opinión. A un grabado Aguafuerte se le aplicó la técnica de Aguatinta y se mezclaron dos mundos, la naturaleza y el artificio que con-

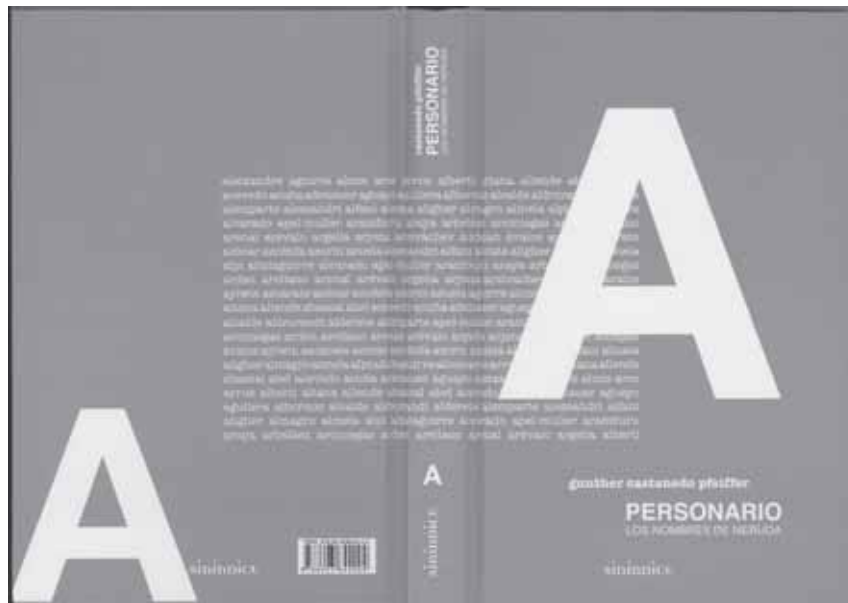
forman partes de nuestras vidas. El grabado que ilustra esta caja es la expresión que Aviva recogió de mis recuerdos.

En seguida me imaginé con qué palabras te gustaría recordar tu nacimiento y sentí que nada las expresaba mejor que tu descripción del “Nacimiento” en el libro *Sumario*.

Y las respeté tal cual.

Luego me senté en una mesa imaginaria contigo y con tu «amigo, maestro y hermano» Alberto Tallone, el maravilloso impresor, y junto a una copa de vino, como lo hicimos tantas veces, fuimos discutiendo cuáles eran los sabores que más te habrían deleitado. Y así surgieron la lúcumo, la brisa andina, la frutilla chilena, el amor en capullo, etc. Pero lo más importante, Pablo, fue recordar cómo este trío, forjado alrededor del amor por la vida, el amor por la belleza y el amor por las altas cumbres volvía a revivir. Y usaré las mismas palabras con que despediste a nuestro querido Alberto cuando partió: «Adiós, Alberto Tallone, gran impresor, buen compañero: antes llevabas la luz en tus ojos, ahora la noche viaja en ellos. Pero en tus libros, pequeños castillos del hombre, se quedaron viviendo la belleza y la claridad: por esas ventanas no entrará la noche».

Y yo agregó: Adiós Pablo Neruda, gran poeta, buen compañero, estos recuerdos



te hacen renacer y quiero festejar este “Nacimiento” ampliando nuestra mesa imaginaria e invitar a muchos hombres y mujeres a compartir este amor por la vida que tú sentiste.

Con estos materiales me divertí elaborando la entrada Brunatto, Félix, que el eventual y curioso lector encontrará en el segundo volumen de mi *Personario*, dedicado a los nombres de personas y personajes del universo nerudiano que comienzan con la letra «B». ♦



Ignazio Delogu

(Alghero 1928 - Bari 2011)

El 28 de julio 2011 falleció en Bari el hispanista italiano Ignazio Delogu, sardo de origen y de espíritu (había nacido en Alghero, provincia de Sássari, el 05.11.1928) que sin embargo, por razones de vida y de trabajo, vivió muchos de sus años en Roma y en Bari. Delogu estuvo en Chile varias veces y trabó amistades, en particular con Neruda, de cuya obra fue notable estudioso y traductor. *Pablo Neruda in Italia* (2008) fue su último volumen sobre nuestro poeta, pero publicó otros vinculados a Chile: *Improbabile viola. Precetti sulla poesia: Solone, Huidobro, Alberti, Larrea* (2003) y *Parallelo Sud. Patagonia tragica, Terra del Fuoco e altri orizzonti* (2008). Fue sepultado en su Sardeña natal, con honras fúnebres en la Universidad de Sássari.

Para mí, descubrir Italia y conocer a Ignazio Delogu fueron dos hechos simultáneos. Al cabo de un mes y medio en la embajada italiana de Santiago (había ‘trechado’ uno de sus muros el 06.10.1973), logré desembarcar en el aeropuerto de Roma-Fiumicino, junto a una docena de exiliados, el sucesivo 18 de noviembre. A esa misma fecha se remonta mi primer contacto con la Sardeña [detesto escribir *Cerdeña*: sólo el español estropea así el nombre de la isla, que debería ser *Sar-deña*], pues el sardísimo Ignazio Delogu era el secretario general de la Asociación Italia-Chile y por lo tanto el encargado de acoger a los exiliados por cuenta del gobierno de centro-izquierda y en particular por cuenta del Partido Comunista Italiano (PCI), entonces una poderosa organización política guiada –vaya coincidencia– por otro sardo (¡de Sássari!) cuyo nombre era Enrico Berlinguer. Evidentemente la Sardeña me fue predestinada.

Hasta marzo de 1974, cuando fui asumido como docente por la Universidad de Sássari, viví en una pequeña pero cómoda



habitación del Hotel Jolly de via Aurelia, en la periferia de Roma, gracias a la extraordinaria hospitalidad italiana hacia los chilenos obligados al exilio por la dictadura de Pinochet. Durante aquellos meses, cada día tomé el autobús 62 para llegar en la mañana al local de Italia-Chile en via di Torre Argentina, por lo cual cada día, o casi, teníamos con Ignazio conversaciones sobre las posibilidades de encontrar trabajo para mí, pero también sobre cuestiones de literatura hispanoamericana, y por cierto sobre Neruda. Ignazio había estado en Chile poco antes del golpe militar y a través de sus contactos logró hacer llegar a Roma los originales inéditos de *Elegía*, uno de los libros póstumos de Pablo, que tradujo y publicó velozmente bajo el sello Editori Riuniti en diciembre de 1973.

Gracias a Ignazio fui recibido en aquel mismo diciembre por el diputado Giorgio Napolitano, que entonces era una especie de ministro de cultura del PCI, en su despacho del gran edificio del partido –conocido como Botteghe Oscure– en el corazón de Roma. También él, Napolitano, actual presidente de Italia, era entonces y sigue siendo hoy un nerudiano entusiasta.

Se vio con Neruda y cenaron juntos la noche de Año Nuevo y en otras ocasiones durante la primera mitad de 1952 en Nápoles y en Capri. Su nombre figura, con el número 44, en el muy exclusivo elenco de los suscriptores de la edición príncipe (numerada y nominativa) de *Los versos del Capitán*, impresa en 44 ejemplares por «L'Arte Tipografica» de Nápoles aquel 1952: la pieza más preciosa y rara (la más codiciada por los coleccionistas) de toda la bibliografía del poeta.

Tanto es nerudiano que, cuando visitó Chile en marzo de 2008, lo primero que el presidente quiso perentoriamente hacer –incluso antes de encontrarse con la presidenta Bachelet– fue visitar la mítica casa de Neruda en Isla Negra. Esa visita me dio ocasión de restituir la cortesía de 1973, pues tuve el honor de recibir al presidente Napolitano en la puerta de la casa del poeta, nuestro común amigo, y de guiarlo por sus vericuetos y maravillas. Naturalmente, traía bajo el brazo su ejemplar numerado y nominativo de *Los versos del Capitán* (aproveché de preguntarle cuánto había pagado como suscriptor de la edición, dato desconocido, y me respondió: cinco



mil liras, que entonces era mucho dinero para un joven funcionario del partido). Cuando le dije que yo residía en Sássari, fue natural que me preguntara por Ignazio Delogu y que dedicáramos algunos minutos a conversar sobre mi colega y amigo.

A quien debo también mi único encuentro con García Márquez. Una de aquellas mañanas en que llegué a la oficina de Ignazio, a comienzos de febrero 1974, de entrada me preguntó si tenía algo que hacer a la hora del almuerzo. Lo miré para ver si bromeaba: «Si hay alguien en Roma que sabe que no tengo trabajo y, luego, nada que hacer a ninguna hora, ese alguien eres tú». No se inmutó, porque era también un buen actor, y me dijo «OK, ven a buscarme a la una, te invito a almorzar». A la una nos encaminamos por via Arénula en dirección al Trastévere, fabuloso barrio popular de Roma, y justo en medio del puente sobre el río Tíber (Tévere) Ignazio se detiene y me pregunta muy serio: «¿Tienes algún problema si almuerza con nosotros un amigo mío?». Lo miré no más, y así llegamos a la bellísima plazuela San Giovanni della Malva, en pleno Trastévere, donde nos detuvimos por más de diez minutos mientras Ignazio, gran conocedor de Roma, me ilustraba los detalles de algunos edificios y negocios característicos del lugar. De improviso miró su reloj: «Entremos, que a lo mejor mi amigo ya llegó y nos está esperando».

Al restaurante se accedía bajando por una pequeña escalinata. «Ahí está mi amigo», dijo Ignazio. Como en las viejas películas de gánsters, sentado a una mesa

había alguien cuyo rostro al comienzo no vi porque lo cubría el periódico que estaba leyendo. *Mamma mia*, me dije cuando lo reconocí: era Gabriel García Márquez en persona. Demás está decir que Ignazio sonreía muy ufano de su extraordinaria picardía, de mi sorpresa y del encuentro que había querido regalarme, más aún en un espacio adorable que vuelvo a visitar como un peregrino cada vez que viajo a Roma.

Así era Ignazio Delogu. Tenía fama de fabulador y le gustaba mencionar por nombre a sus contactos internacionales, a Mario (Vargas Llosa), a Rafael (Alberti), incluso a Salvador (Allende), para no hablar de sus míticos diálogos con Pablo (Neruda) y de cómo sus conversaciones con Enrico (Berlinguer) habrían determinado la propuesta política del «compromesso storico» tras el golpe en Chile. Ignazio fue, sí, un magnífico narrador oral, el mejor que he conocido en mi no brevísima vida. Mi pieza predilecta de su infinito repertorio era el relato del recorrido que habría hecho una vez por los subterráneos del Vaticano, en compañía de un amigo residente o funcionario que conocía bien aquel laberinto, cuyo culmen era la imprevista y espectral aparición del Papa mismo en persona, Pablo VI si no recuerdo mal, que se les atravesó con su comitiva en una encrucijada. Todo esto contado con riqueza de detalles y gestos (por ejemplo, imitando al Papa que se detenía, fantasmal e impasible, miraba con ojos ausentes a Ignazio y a su amigo petrificados, alzaba lentamente la mano para bendecirlos y luego retomaba su silenciosa trayectoria) que sugerían medievales penumbras y misterios: un relato inquietante, gótico, que te hacía venir escalofríos. Imposible dar una idea exacta de tan formidable performance narrativa.

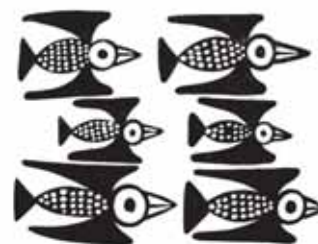
Pero al menos la mitad de las historias del gran fabulador eran absolutamente verídicas, en particular las relativas a las peligrosas, arriesgadísimas misiones que cumplió muchas veces por encargo del



PCI —era funcionario del partido antes de dedicarse a pleno tiempo al hispanismo universitario— en la España de Franco durante los años '50 y '60 y también en América Latina.

Ignazio fue un hombre de trato más bien difícil, pero sin duda inteligente y culto, enamorado de su isla a la que dedicó poemas, relatos y ensayos (destaco uno sobre la ciudad de Carbonia, en el sur). Echaré de menos su amistad, sus extraordinarias historias de sobremesa, su variable sentido del humor, e incluso nuestros litigios. No estoy en condiciones de juzgar su poesía en lengua sarda, de la que mucho se ufanaba, pero sí puedo dar fe de que era un válido estudioso de Neruda, de Alberti, de Francisco Ayala... y de nuestro Juan Emar (Álvaro 'Pilo' Yáñez), de quien tradujo al italiano y editó el volumen de relatos titulado *Diez* (Roma, Edizioni Le Parole Gelate, 1987). Hablaba un óptimo castellano, aunque con acento peninsular.♦

—Hernán Loyola
Sássari, agosto 2011.

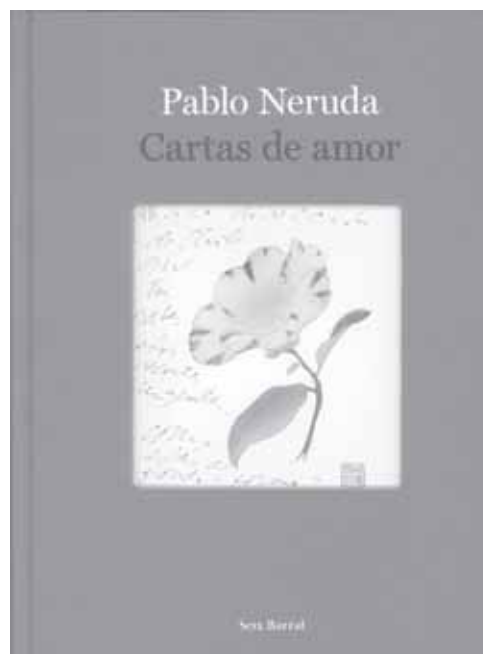


pablo neruda

Pablo NERUDA, *Cartas de amor a Matilde Urrutia* (1950-1973). Edición, introducción y notas de Darío Oses. Barcelona, Seix Barral, 2010.

No es un tópico, sino un hecho, que el género epistolar –si de género podía calificarse– desaparece del ámbito literario cuando tan útil ha sido para adentrarse en zonas oscuras de determinados escritores y hasta configurar formas narrativas. Los avances tecnológicos han convertido esta comunicación en papel en arqueología. Habrá que recuperar en el futuro los emails para rastrear relaciones. Conocí a Matilde Urrutia, viuda entonces reciente de Neruda, gracias a Carmen Balcells, quien nos reunió en una cena con Jorge Edwards, en la etapa en la que el novelista y ex secretario de Neruda se había exiliado en Barcelona. Nos vimos luego en otras ocasiones menos formales con la excusa de los frecuentes viajes que realizó a España y a Barcelona. Con Pablo Neruda (1904-1973) sólo hablé en una ocasión por teléfono, cuando era embajador de su país en París. Tengo, pues, la imagen tardía de una mujer inteligente, de decadente hermosura y brillante conversación.

Matilde Urrutia había nacido en 1912 y debería retrotraer esta imagen, algo imposible, hasta 1946, cuando con motivo de un concierto de Tchaikovski, en Santiago de Chile conoció a Pablo Neruda. Después de encuentros esporádicos, ella se fue al Perú y el definitivo acercamiento se produjo en septiembre de 1949. El poeta se había visto obligado a huir de Chile, según relata de forma épica en su *Canto general*, y el reencuentro se dio en la capital mexicana. Quienes hayan leído las memorias de Neruda, *Confieso que he vivido*, reunidas por el poeta con la colaboración de Matilde Urrutia y sacadas del país a través del novelista, diplomático e impulsor intelectual



venezolano Miguel Otero Silva, tendrán la impresión de que su ajetreada vida amorosa fue rica en experiencias, aunque sin llegar a alcanzar las del obsesivo Simenon. Cuando conoció a Matilde, Neruda convivía con la que fue la segunda e importante mujer de su vida, Delia del Carril, de manera que las relaciones entre ambos tuvieron que ser clandestinas. Disponemos también de la perspectiva de Matilde Urrutia, quien publicó sus memorias, *Mi vida junto a Pablo*. La dolorosa ruptura con Delia no se producirá hasta 1952, cuando se instalaron en un idílico Capri, aunque no pudieron casarse hasta octubre de 1966, tras la muerte de María Antonia Hagenaar, su primera esposa.

La breve, pero sustanciosa introducción del epistolario y las notas que acompañan a algunas cartas aclararán las circunstancias de un poeta que tuvo el amor como uno de sus principales temas. Durante su estancia en Capri se publicó anónimamente el libro *Los versos del capitán*, cuyos poemas estaban ya inspirados por Matilde. Tres malogrados embarazos, dos en la etapa de sus relaciones secretas, pondrán una nota triste en una relación caracterizada por el placer de vivir y expresarlo con una intensidad inhabitual en la poesía. El período de la correspondencia abarca desde finales

de 1950 hasta mediados de 1973, pocos meses antes de la muerte del poeta.

Un aliciente fundamental del libro consiste en que se reproduce la correspondencia de forma facsimilar, incluso las postales, lo que permite advertir los elementales y expresivos dibujos que incluye, así como los rasgos de su escritura y hasta corregir alguna transcripción dudosa (que será mínima y discutible). La caligrafía de Neruda no presenta dificultades y las versiones hubieran podido casi suprimirse. Conviene advertir de antemano que los mejores escritores (en España tenemos el ejemplo de Antonio Machado) no resultan siempre brillantes u originales en esta prosa familiar amorosa; antes, al contrario, caen en ocasiones en lo sensiblero y hasta rayan en lo cursi. Responden a la etapa de enamoramiento que tan bien precisó Ortega y Gasset y que en Neruda se prolongó, dadas las circunstancias, incluso durante la estancia de ambos en Santiago, una vez Matilde se había instalado en la casa que construyeron y que llamaron «La Chascona». Pero el epistolario amoroso de Neruda posee interés, porque revela el inicio y desarrollo de una pasión en seres ya adultos, amantes de los viajes, extrañados por el alejamiento, atentos a los detalles cotidianos, a los encuentros furtivos y sen-



suales en casa de amigos cómplices en la etapa más atractiva, la que se corresponde con el período que Darío Oses califica de «época del amor secreto», dividido en dos fases: (1950-julio de 1952 y agosto de 1952-febrero de 1955).

Sin abandonar una pasión poderosa, aunque delicada, el tiempo que transcurre entre 1955 y 1973 (pp. 197-257) invierte los papeles, especialmente en las cartas de los últimos años, tras el regreso a Isla Negra, ya que en los últimos meses será Matilde la viajera y el poeta detalla su vida cotidiana y su enfermedad. Predominan aquí asuntos económicos, más aún que en el comienzo, cuando le propuso encontrarse en París y recibir para ello el apoyo de Otero Silva. Le ofrecía «el beso más largo, más dulce, el que se quede en tu boca para toda la vida». Nada se nos dice sobre si ésta es la correspondencia «completa» con

Matilde y hay zonas en las que las misivas, sin fechar, resultan de difícil datación. Algunas carecen de interés, porque son simples indicaciones para precisar citas. Recurre en ocasiones al humor, en contadas ocasiones a lenguas extranjeras. Tal vez en la página 70 la frase ilegible, según el transcriptor, «S'embrasse e (ilegible)» podría ser «J'embrasse Maman». No olvidemos la pasión de ambos por los perros que, en ocasiones, les acompañarán en sus largos viajes. Con alusiones perrunas humorísticas se inicia esta breve misiva. La imaginación nerudiana aparece en fórmulas como: «Te mando dos recortitos y cajón de besos surtidos, grandes y chicos, colorados, verdes color de cata, etc.» o desborda ternura: «estamos más juntos que muchos que jamás se separaron, nuestras raíces están amarradas y mojadas con las mismas lágrimas» y en alguna ocasión utiliza el

verso jocoso: «Soy chasconcita/ mentirosa/ No se me quita./ Así es la cosa».

Llena de detalles curiosos sobre la vida cotidiana del poeta de mayor éxito del pasado siglo, de personajes mencionados al paso, el itinerario amoroso es un filón que permite el rastreo de una figura única, capaz de heroicos viajes en los años de la guerra fría a Rusia o China. Algunas alusiones políticas de los últimos meses en Chile merecen atención porque manifiestan un cierto distanciamiento. Libro imprescindible para nerudianos. ♦

—Joaquín Marco

Publicado en "El Cultural" de El Mundo, España, 5-2-2010.



Nuevas décimas para Pablo Neruda

EDUARDO PERALTA

Poeta y cantautor

*Poeta Pablo Neruda,
tu corazón es la ola
latiendo en la caracola,
que ya nunca estará muda.
Este cantor te saluda
y a tu homenaje se integra,
viendo que tu alma se alegra
mirando por la ventana
triple de la Sebastiana,
la Chascona e Isla Negra!*

*El océano te canta,
alcatraces y gaviotas
hoy multiplican las notas
de tu voz que se agiganta.
Por eso ya no me espanta
ni me causa sobresalto,
cuando en la playa hago un alto
y escucho ese mar tremendo,
que un nombre sigue diciendo:
«Nefalí Reyes Basoalto»*

*Estás en el universo
y en cada simple guijarro,
en la nube y en el barro
sigue brotando tu verso.
Estás en la tierra inmerso
y en el cielo embrujador,
sempiterno trovador
que haces desde las estrellas
caer metáforas bellas,
llover poemas de amor...*

*La naturaleza encierra
y abre tu estrofa en el mundo,
con su mensaje profundo
por la paz, contra la guerra.
Tu residencia en la tierra
fue tu oda elemental,
pues desde la lluvia austral
hasta la cuzqueña altura
fue nuestra madre natura
tu mamadre natural...*

*Ah poeta cuyo trino
arrulló el amor sereno,
ah poeta cuyo trueno
hundió al tirano asesino.
Siga tu paso cansino
recorriendo este planeta,
sigue siendo la saeta
que no hiere, que no mata,
y deja estela de plata...
¡Sigue hablándonos, Poeta!*

Junio 2009

